"Cuentiembre 2020"

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler

Capítulo 1

Cuentiembre 2020

Día uno

Trashumancia

Laura no se quiso ir del pueblo cuando se lo propuse. Fue una madrugada muy extraña. La luna estaba reluciente como una enorme bola de cristal. El frío me recorrió los tuétanos y me eché el zarape. Se oía un canto de cigarras agonizantes. Mis pies no hacían crujir la hierba porque la sequía se había terminado y una semana de aguaceros había encharcado todas las zanjas creando un pantano. Las milpas se empezaban a llenar de musgo y no sabíamos qué hacer con el maíz enmohecido. Caminé despacio hacía mis terrenos y vi algo que parecía escarcha sobre la superficie del agua lodosa. "Vámonos de aquí vieja, ¿que no ves que se está pudriendo el pueblo?"—le dije a Laura cogiéndola de la mano con violencia. Se negó y me sorprendió que ella, que siempre presentía las catástrofes, no viera con su sexto sentido el peligro que se avecinaba. Algo le había mermado la intuición, quizás la gran cantidad de agua diluviana que cayó por semanas le había obstruido los sentidos. La llevé esa misma noche para que viera los lodazales, pero su necedad era una gran muralla. Me dijo que ya le habíamos invertido muchos años a la tierra y que no nos podía fallar por unas semanas de tormenta.

Se refugió en sus rezos mudos cada mañana. Miraba todas las ciénagas y luego se ponía a cocinar sopas de grano como si no hubiera pasado nada. A mí me tocó el trabajo absurdo de rescatar los elotes. No había sitio para conservarlos, no hallaba la manera de protegerlos de la humedad. Nos fuimos acostumbrando a comer podrido. La poca carne y el pan, que a pesar de estar recién horneado ya tenía un tufo purulento, no nos llenaban. Lo peor sucedió cuando, eso que yo confundí una noche con escarcha, se convirtió en una plaga de ranas. Fue, como dicen los sabiondos, por emancipación espontanea. Sucedió al atardecer cuando empezaron a brincar como impulsadas por resortes. Lo más desagradable era su croar ininterrumpido. Nos entraba el ruido por las orejas como golpes de cincel. Al tercer día nos estábamos volviendo locos de remate. Nos reunimos en un monte para fraguar el combate contra esos malditos anfibios que no paraban sus chirriar. Intentamos quemarlos, pero esquivaban el fuego saltando en montones. Se nos terminó pronto el combustible. Las empezamos a cazar con redes, pero matábamos diez y aparecían veinte. Se reproducían con una velocidad desorbitada. Al final se nos acabaron las fuerzas y nos resignamos a tenerlas metidas en nuestra cama. Ya ni siquiera nos molestábamos por quitárnoslas de la

cabeza o la cara.

Una mañana se murieron todas de sopetón. Entonces fue Laura quien me trató de convencer para que nos largáramos. No sé si lo que hice fue por rencor, por estupidez o por venganza, el caso es que le dije que no; que no solo le habíamos invertido tiempo a la tierra, sino que hasta le habíamos ganado la batalla a las ranas. Fue lo peor que pude haber hecho porque los cientos de miles de cuerpecitos verdes se comenzaron a pudrir. Despedían un vaho verde que se impregnaba como baba. Pronto nuestros brazos, cara y piernas se pusieron corrugados, fríos y verdes. Teníamos que salir a tomar el sol y hasta nuestra forma de hablar cambió, se nos hinchaba el cuello al conversar. Nos pareció que comenzábamos a groar igual que ellas. No pudimos ni enterrarlas, ni quemarlas, ni nada. Se quedaron allí amontonadas por todo el pueblo. Llegó en nuestra ayuda el astro sol. Se comenzaron a desecar y pronto su piel crujiente se hizo volátil. Parecían hojas de los árboles en otoño. Cubrieron todas las laderas, las mesetas y las faldas de las montañas. Era ya tiempo de trabajar el campo para la siembra, pero no queríamos ponerlas como abono. Ya bastante daño nos había hecho la plaga para que sus restos nutrieran las lentejas y frijoles. No teníamos animales y estábamos anémicos. Seguimos esperando un milagro, pero llegaron las moscas. Eso nadie estuvo dispuesto a soportarlo y decidimos abandonarlo todo. Esta vez en silencio y complicidad. No teníamos mucho que llevarnos, más que la pestilencia de sapo y los huesos propios. No pudimos asentarnos en ningún sitio. Se nos persiguió como a los herejes y huían de nosotros como si fuéramos la peste. Nos fuimos quedando encajados por el camino, clavados como cercas. Pasamos a ser ánimas vivientes buscando el más allá en el inmediato más acá. No supimos en qué momento nos quedamos completamente solos. Laura y yo decidimos olvidar los reproches, estábamos vaciados, carentes de sensaciones. Nos desencadenamos del pasado y nos sentamos debajo de un pero. Nos dimos un fuerte abrazo y nos dejamos llevar por el sonido del viento que era un canto de libertad, una melodía de reencuentro. Se nos fue erosionando el cuerpo hasta que de ellos no quedó nada.

Capítulo 2

Día dos

La Charcutera

Iª Parte

Su despertar fue peor que la pesadilla. El sueño se le había cortado desde el primer día de su matrimonio. Un fantasma la había seguido, acosándola y humillándola en cualquier situación. En ocasiones era su esposo Mauricio, en otras sus suegros o los colegas del reconocido arquitecto Esparza. El monstruo surgió de la nada. Una sola palabra le dio la libertad a esa bestia que la derrotó desde el más allá. Había pensado en superar la imagen de la ex esposa de Mauricio, pero estaba en desventaja, tenía menos clase y belleza y, aunque lo hubiera intentado, jamás habría podido compararse con ella. No tenía sangre inglesa, ni era descendiente de aristócratas, no llevaba en la sangre ese sentido del lujo y el buen gusto. Lamentó mucho ser humilde, haber nacido en una familia de obreros. Su padre le transmitió el olor de la grasa de cigüeñal y su madre el olor a pollo crudo. No le habían inculcado ese código de buenas maneras y la vanidad del poder. Creció con limitaciones, hambre y trabajos duros. Solo su capacidad para aprender idiomas la sacó de la pobreza, pero no llegó muy alto. Se tuvo que conformar con el trabajo de secretaria traductora en una empresa multinacional, pero no muy importante.

Conoció a su marido cuando trabajaba de interina en las oficinas de la filial de su empresa. El gran edificio albergaba todo tipo de representaciones. El arquitecto Esparza solía comer en un pequeño restaurante de comida mexicana. Celia también almorzaba en ese sitio y observaba con curiosidad al diseñador de casas y edificios. Lo veía disimulando, o llamando a la camarera, o repasando con ojo crítico la decoración, o mirando en el interior de su vaso de agua para comprobar que no hubiera alguna migaja o mancha. Entablaron conversación un día en el que entraron juntos. Él le cedió el paso y la siguió por inercia. Había solo una mesa libre y Mauricio se la ofreció y, ella para corresponder la amabilidad, le pidió que le hiciera compañía. Hablaron sobre los platillos tradicionales de la cocina del país. No hicieron ninguna confidencia y la charla se fue hilando con temas sin importancia. Cuando terminaron de comer Mauricio pagó y salió acompañado de su nueva amiga. Ella esperaba que con el tiempo el arquitecto le ofreciera trabajo en su gabinete, pero eso no sucedió. Se les hizo costumbre almorzar juntos. En un mes ya se habían convertido en verdaderos confidentes y pronto el encanto de Celia le fue despertando un deseo de vanidad a Mauricio. Él la miraba como a una mujer con quien podría conversar de todo sin tapujos y hacer el amor sin muchas ceremonias. Era un espécimen simple que iba

directamente al grano, no se mordía la lengua y sus reacciones eran tan instintivas como las de un gato o un perro.

A Mauricio le atrajo la sencillez con que se conducía y vivía su amiga. Le comenzó a decir cumplidos, luego le regaló algunas baratijas y, al final, la emborrachó un poco para poder liberarle sus deseos. Fue así como se la llevó a vivir a su casa. Pasaron seis meses conviviendo sin roces y decidieron casarse. Ninguno de los dos había descorrido el telón del escenario de su pasado y se dejaban llevar por la confianza. Mauricio pensó que una mujer de veintiocho años de esa condición, no habría tenido demasiadas relaciones con los hombres, además estaba su eterno estatus de pobre que le habría obligado a trabajar y conservar su dignidad hasta el final. Él, por el contrario, se había dejado consentir por las ventajas que le daba la condición de su familia. Dinero, fama, mujeres guapas e influencia y reconocimiento en cualquier sitio. Se sentía realizado y solo el recuerdo de su divorcio le ensombrecía un poco el ego. Ya se había curado de espanto y había decidido vivir a su gusto y mostrar una imagen de hombre serio que ha sentado cabeza. Celia no era una gran belleza, pero bien arreglada podía ser aceptada en el círculo social que él frecuentaba. Era cuestión de cultivarla un poco y domesticarla para que pudiera controlar sus emociones.

No fue muy difícil transformarla. Era dócil y obediente, aprendía rápido y el amor, que le había prendido como una enfermedad después de una vacuna, le ayudó a superar las dificultades. Al principio todo fue bien, pero un día su suegra tuvo la impertinencia de llamarla con otro nombre. Fue una simple distracción. Una de esas situaciones en la que se dice algo por costumbre. "Céline, por favor, cuando termines con los postres, ve a hacerle compañía a tu marido que parece que es el único anfitrión de la fiesta". La señora Elizabet siguió con toda naturalidad hablándole de nimiedades, pero Celia se alejó con una puñalada en el alma y, a partir de ese momento, comenzó a notar la presencia de Céline. Las damas no la saludaban por su nombre y la trataban como si fuera una criada de la casa. Lo peor es que se comenzó a cruzar con los retratos de una mujer guapa con personalidad de estrella de cine. Eran dos polos muy opuestos. Céline era alta, de pelo rizado y rubio cenizo, de ojos azules y sonrisa encantadora. Celia descubrió sus cualidades gracias a los comentarios de las invitadas que no paraban de resaltar los cambios de la casa de los suegros. "¿Te acuerdas cómo decoraba para estas paredes Céline? —se preguntaban unas a otras—. Era maravillosa y qué gusto tenía para elegir los menús…Es una lástima que ya no esté aquí". Por más que trató de disimular su enfado, Celia, terminó escondiéndose en el dormitorio del adolescente Mauricio. Pasó mucho tiempo sentada en la cama sin atreverse a fisgonear en la gaveta del escritorio o el armario para no pincharse el alma con algún recuerdo de la ex. Soportó la impertinencia de los invitados hasta el final y decidió fraguar su venganza.

Capítulo 3

Día tres

La Charcutera

IIª Parte

Lo primero que hizo fue conseguirse un empleo. Tenía algunos conocimientos de publicidad y fue aceptada en una empresa de diseño de carteles para vallas en exteriores. Su trabajo era muy simple y tenía unos compañeros bastante sociables. Hizo amistad con un chófer del departamento de logística. Era un tipo romántico y tímido que hablaba con una voz de adolescente. Celia sintió una fuerte agitación en su interior cuando habló con él por primera vez. Eduardo enrojeció como un tomate y tartamudeó su nombre. Celia comenzó a intimar con él. Le contaba cosas de su pasado. Los sufrimientos que había superado a fuerza de sacrificio, le parecían a Lalo los mismos que él había tenido que superar. Sintió que se encontraba con su alma gemela. Pronto empezó a recibir cartas con poemas y declaraciones de amor. Eduardo no lo podía creer. Era imposible que una mujer tan bella se fijara en él y, peor aún, que le manifestara su amor en pequeñas hojitas blancas de papel perfumado. Eduardo estaba embelesado, trabajaba con buen ánimo y no dejaba pasar ninguna oportunidad que lo acercara a Celia. Ella le prometió mucho y le dijo que lo amaba, pero que había un obstáculo. “Estoy casada, pero no amo a mi marido”. Para Edu la noticia fue como un bofetón y un tierno beso. Le prometió a su amada que haría hasta lo imposible porque ella se fuera a vivir con él. Le comentó que quería casarse con ella y tener hijos. Ser feliz de una vez por todas en esta injusta vida.

La segunda parte del plan fue fingir pasión en la intimidad con Mauricio. Se concentró en las cosas que más disfrutaba su marido en el lecho. Se convirtió en una experta cortesana y logró que su cónyuge la adorara y sintiera una especie de adicción. El plan se iba desarrollando muy bien, pero Celia decidió que ya había sufrido mucho con esas noches en las que su marido pronunciaba el nombre de la otra, así que se buscó una amiga y la convenció para que le buscara algunos conocidos para pasar el rato. Ester no tardó en presentarle a los hombres atractivos que conocía en las discotecas. Celia se dejó llevar por el deseo y concertaba citas con ellos en habitaciones de hotel.

Pasaron los meses y la desesperación en Eduardo le hizo perder el control. “Dime, ¿cuándo quieres que lo mate? —le preguntaba susurrándoselo al oído—. ¡Te juro que lo haría ahora mismo!”. Celia ya no pudo darle más largas y le dijo que el domingo por la tarde, Mauricio, volvería de París de un viaje de comisión. Que por lo regular volvía a la oficina para entregar su reporte y luego se ausentaba el lunes. Era una costumbre que databa

desde los tiempos en que se quedaba acurrucado con Céline y solo el martes se sentía en condiciones de volver a concentrarse en sus tareas. Decidieron esperarlo en la camioneta frente al edificio de la empresa. Cuando vieron llegar el mercedes, Celia se lo mostró y Lalo bajó de prisa. Mauricio no tuvo tiempo de nada porque al bajar de su coche le arremetieron con un cuchillo. Eduardo volvió agitado como un apache que acaba de cortarle a un hombre blanco su cabellera. Arrancó la camioneta. Dejó a Celia en su casa. Ya habían urdido con anticipación su coartada. Nadie estaba al tanto de su romance. Actuarían como siempre. Celia velaría tristemente a su esposo, dejaría de trabajar. Llevaría unos meses de luto y después se reunirían para unirse en matrimonio ante dios y el hombre. Todo fue bien hasta antes de la investigación del crimen. Los astutos sabuesos engatusaron al pobre Eduardo y, al descubrir su respeto y devoción por Celia, le echaron el guante. No tardó mucho en confesar. Celia trató de escaparse de la red que les habían tendido los jefes de la policía y, al no tener la suficiente convicción para suicidarse, intentó montarse en un avión y largarse muy lejos. Estuvo prófuga unos meses, pero al final la hallaron. No alcanzó fianza y fue condenada a prisión de por vida. Luego, por culpa de los titulares que la llamaban “Carnicera”, perdió el control y no pudiendo acallar la voz pública decidió enmudecer la propia para siempre.

Capítulo 4

Día cuatro

El barquero

El sol pegaba muy fuerte y el barquero estaba muy aburrido. Se secaba continuamente con su paliacate. Podía haberse ido a la sombra a descansar, pero un presentimiento se lo impedía. Había oído que unos alemanes se habían hospedado en el pueblo y que les gustaba mucho mirar los alrededores. Tienen que venir, le decía una voz persistente dentro de la cabeza. Los árboles estaban lejos de la orilla y Eleazar sabía que, a su edad, protegerse bajo la sombra de un pirul lo sumiría en un sueño largo, que se le olvidaría todo y ni un tornado lo despertaría. Siguió mirando algunos pájaros que picoteaban el suelo. Pensó en la vida tan tranquila que llevaban esas aves. Dieron las dos de la tarde y se enjuagó la cara y el pelo, miró su bote y comenzó a limpiarlo. No estaba tan sucio, pues casi no había llevado a nadie del otro lado. Las tripas le rugían y pensó que si hubiera sido más joven iría a pedirle a sus conocidos un poco de alimento, pero lo ataba el orgullo. Ya había pasado todas las calamidades de una larga vida y estaba acostumbrado a supervivir. Sintió un soplo de viento fresco y se alegró un poco. Era reconfortante. Se ajustó los pantalones y comenzó a dar vueltas en círculo, vio las aguas del río muy tranquilas, se parecían a unas lentes que hacían borrosas las nubes y el cielo. De pronto oyó un ruido. Dios, qué bondadoso eres, se dijo muy alegre. Se alisó la ropa se acomodó el sombrero y esperó a los turistas.
Un hombre canoso que hablaba un poco de español le preguntó cuánto les cobraría por cruzarlos a la otra orilla. Con los dedos les mostró la cantidad y le dieron el dinero. Los ayudó a subir y se deshizo en todo tipo de amabilidades. Iban el hombre canoso, su esposa, otra mujer más de edad avanzada y una cincuentona que no terminaba de amoldarse al grupo. Era delgada y muy sería. Llevaba un sombrero de alas muy anchas y unas gafas muy oscuras. Entre las risas y el asombro ante las maravillas de la naturaleza reinaba un aíre de cordialidad, roto en parte por la mujer del enorme sombrero. De pronto, se hizo un poco de silencio. Eleazar remaba sin prisa con mucha naturalidad, pero retrasaba un poco el ritmo para dar la sensación de que el trayecto era muy largo. La esposa del alemán encendió su radio y comenzaron a salir unas notas. Al principio muy débiles, pero luego cobraron forma. Se esparcían como un enjambre de mosquitos y cuando entraban por las orejas no eran desagradables, al contrario, el cosquilleo que producían era de placer. Eleazar sintió su cuerpo menos pesado, sus pulmones más vigorosos y los brazos más fuertes. La composición clásica lo estaba alimentando. No había escuchado antes algo tan bello. Si, era cierto, había escuchado a muchos compositores clásicos en la casa de doña Aurelia, que a veces lo llamaba para que limpiara sus tierras de la hojarasca o recolectara algunas

hortalizas, pero nunca algo tan conmovedor y, al mismo tiempo, tan celestial.

Los turistas iban inmersos en sus pensamientos y evitaban las miradas. Eleazar pensó en las palabras del poeta que había encontrado en la plaza del pueblo. Habían corrido muchos años y lo que el joven de cabello embadurnado de vaselina había dicho resurgió en su cabeza. “Hay música que suena a canto de sirenas”. Ahora su incredulidad se desvanecía y de qué forma. Esas vibraciones de la voz de los instrumentos, unida a las sopranos le estaban sacando lágrimas. La sensación se había convertido en imágenes de su pasado. Los compases rítmicos eran iguales a los pasitos que daba Estela en los bailes de los domingos. Recordó su sonrisa esplendida y juvenil. Sus carnes bañadas de un rocío de salubre rosa. El primer beso y esas trenzas haciendo un nudo para atarlo de por vida. Qué largo había sido el trayecto, cuántas desgracias los maniataron y estuvieron a punto de aplastarlos, pero la esperanza y, sobre todo el amor, los habían sacado a flote. Ahora esa música de sirenas no eran las del Ulises intrépido, eran las de su río. Nunca las había escuchado así, con tanto dolor y al mismo tiempo celestiales. Dejó de mover los remos y miró el cielo para imaginar mejor esos pasajes que tanto había disfrutado en su vida.

Capítulo 5

Día cinco

El nacimiento de sus hijos, las riñas y reconciliaciones con Estela. Las fiestas familiares, los amigos y sus borracheras. Se quedó calculando el valor que todo eso tenía para él. Las notas le seguían destilando placer, tanto que se desplegó una enorme sonrisa en sus labios. Los turistas estaban desconcertados y no querían sacarlo de su trance. Pensaron que tal vez quería mostrarles algo y soportaron en silencio esos minutos estáticos. Luego, se reanudó el movimiento. Era más decidido, más rítmico y parecía generarse con los recuerdos de Eleazar.

Por fin llegaron a la orilla. Le dijeron a Eleazar que los esperara hasta su vuelta. La mujer del sombrero le dio la radio y le enseñó cómo funcionaba. Le mostró los botones para adelantar o retrasar la cinta. Le indicó cómo subir el volumen si lo deseaba y le previno de que las baterías podrían terminarse y en ese caso no se preocupara. Eleazar los vio alejarse hacia las ruinas de una ciudad muy antigua. Atracó el bote en la arena y se tumbó a escuchar de nuevo los mágicos cantos. La sensación se repitió y las gotas saladas volvieron a surgir de sus ojos. Esta vez dejó correr más sus recuerdos y, cuando estos volaron con plena libertad, comenzó a filosofar. Se preguntó si su vida había merecido la pena. Había sido buen trabajador, buen amigo y buen padre. Su mujer no tenía demasiadas quejas y él la había complacido en la medida de sus posibilidades. Eso sí. Rico jamás había sido, ni había gozado de la compañía de mujeres bien vestidas y perfumadas, no había comprado una hacienda, ni había sido revolucionario, ni siquiera había destacado en su comunidad. No se había caracterizado por ser valiente o líder, pero lo poco que había logrado era suficiente para ser feliz. Para él era muy simple y no se requería de tenerla como una sensación permanente. La felicidad real eran esos momentos que se despertaban como bellas mariposas agitadas por la música. ¿Cómo no lo había descubierto antes? Decidió que solo después de haber transcurrido el trayecto surgía esa capacidad porque jamás lo había experimentado de esa forma.

Llegaron los turistas y se pusieron en marcha. Vieron con satisfacción que el hombre estaba feliz. Pensaron que una cosa tan simple como una grabadora con un casete eran suficientes para que un hombre viejo fuera dichoso. Lo que desconocían era todo lo que había dentro de ese ser y de haberlo adivinado les habría corroído la envidia porque a final de cuentas aquel hombre pobre y sin preparación se había entregado más a la vida que cualquiera de ellos. Al llegar le dejaron la grabadora y le dieron las gracias. Eleazar se sentía como un niño con zapatos nuevos y se olvidó de las penas, el hambre y la desgracia. Ya tenía una medicina que le haría más ligero el peso del tiempo.

Capítulo 6

Día seis

El crimen.

Si ya lo decía Thomas de Quincey, el matar en un relato o novela es todo un arte, pero es demasiado difícil para mí concebir todo eso de los homicidios. Siguiendo mi instinto básico compré una muñeca hinchable para imaginarme cómo la habrían descuartizado aquellos grandes psicópatas del pasado si hubiera sido una mujer verdadera. La pobre figura de plástico quedó destruida por completo el primer día y no había sacado nada de provecho. Pensé que tal vez tendría que ponerme a estudiar algo de anatomía y fui a una tienda en la que se vendían esqueletos y figuras humanas mostrando los órganos internos del cuerpo. Por desgracia, las armas blancas no me ayudaron en mi experimentación y me tuve que abastecer de martillos y serruchos. Tampoco sirvió de nada.

Continué con armas de fuego. Todo lo compré de forma clandestina y tuve problemas con la ley. Eso si que fue bonito porque conocí los métodos que emplea la policía para sus interrogatorios. Quedé un poco afectado de algunos órganos, pero en la descripción de esos pasajes en mis novelas, mejoré mucho. Me hice un plan para seguirlo a rajatabla en un calendario. Apunté mis mejoras en cada casilla y noté que en seis meses ya había progresado. Ya tenía una idea más o menos clara de los crímenes y me fui a una librería a conseguir obras interesantes. Volví con una pila enorme de novelas policiacas. Conan Doyle, Agatha Christie, Raymond Chandler y Jim Thompson, entre otros.

Mis amigos estaban al tanto de mis planes y me preguntaban qué tal iban los progresos. Yo les contaba lo nuevo que había descubierto. A veces eran tantas cosas que tenía muchos despistes y luego debía aclararles las tramas punto por punto. Un día tuve la suerte de asistir a una presentación de novela negra. Hubo un cóctel y aproveché para preguntarle a los autores cuáles eran sus secretos. La mayoría me dijo lo mismo; “Mira, chaval, tienes que leer, leer y leer; y después de todo eso, aprender de los grandes”. Decían esto como insinuándome que leyera, pero de una forma especial. ¿Se referían a analizar o sumergirse en la forma de redactar y estructurar la novela? Sí, tal vez, sin embargo, a mí me pareció que lo que me estaban diciendo era otra cosa.

Pasaron bastantes semanas hasta que ese acertijo se aclaró. Estaba sentado leyendo a Patricia Hightsmith cuando me pregunté por qué era tan interesante su “Secreto de Mr. Ripley” y descubrí que lo más importante era la intriga. Exactamente, pequeño Saltamontes, me dije dándome palmadas en las piernas como si estuviera carcajeándome de un

chiste. Entonces cogí todos los libros que había leído y fui marcando los pasajes en los que había intriga. Guardé todas las frases en un cuaderno y comencé a usarlas en mis cuentos, obras de teatro, novelas cortas y ensayos. Para saber si ese método funcionaba bajé al bar. Me senté en la mesa de siempre. Mis tertulianos me miraron con curiosidad y comencé a narrarles mis historias.

Me dediqué a registrar en mi memoria los gestos, las actitudes, las preguntas y las opiniones de mis oyentes. Se nos hizo costumbre reunirnos cada viernes por la tarde para discutir aspectos de la narrativa que pudieran servir a mi fin. Puedo decir con orgullo que mejoré e incluso fui invitado para publicar con algunos autores reconocidos, pero surgió un problema. La cuestión es que soy un escritor desconocido, me han rechazado mis libros cientos de veces en las editoriales y si nos asomamos un poco al mercado de historias policiacas nos encontraremos con un montón de gente que vende muy bien y tiene talento, entonces la pregunta es cuánto tengo que mejorar para entrar en ese mercado, cuántos Best Sellers tengo que escribir para codearme con los grandes y cuándo llegará ese momento.

Fui a preguntárselo a un editor. Las cifras que me dio son irreales. Comprendí que no llegaría jamás al lugar donde quería estar. Las razones son muchísimas y lo peor es que ahora mismo me pregunto por qué quiero ser escritor, por qué precisamente novela negra y si merece la pena seguir o cambiar de género. De cualquier forma, si escojo la ciencia ficción, o el drama, o el erotismo, o los cuentos infantiles me veré en la misma situación. Creo que al final mejoraré mi hábito de lectura y tomaré con calma lo demás. ¿Qué me aconsejan?

Capítulo 7

Día siete

Covid

El confinamiento y las nuevas realidades que iba anunciado el gobierno, conforme se conocían las consecuencias de la enfermedad más grave del siglo, se convirtieron en una reacción atómica en cadena que fue destruyendo todo lo que había logrado hasta ese momento. Abandoné tarde de la casa de mis padres, pues me tuvieron que soportar hasta los treinta años y, dos décadas después, cuando ya había logrado mi independencia, me vieron volver con el rabo entre las patas. En mis años de ausencia habían sucedido grandes tragedias en mi cuadra. Nunca me había interesado mucho por el barrio y los viejos amigos y solo llamaba después de cada temblor para saber si las construcciones seguían de pie. La rutina diaria, los compromisos y una vida llena de fracasos me tenían inmerso en un mundo gris. Había perdido media vida rellenando formularios, revisando y almacenando papeles que a todo mundo parecían interesarles, pero que después de ser acomodados en los cajones de los archivos metálicos, jamás volvían a ver la luz. "Venga aquí señor López—me dijo mi jefe que estaba echando una gran bocanada de vapor con olor a vainilla de su cigarrillo electrónico—. Tengo que decirle algo importante. Siéntese". No tardó ni dos minutos en decirme que los empleados encargados de los departamentos de la institución se irían a trabajar a su casa para laborar online y que los demás, es decir, los que teníamos que trabajar directamente con el público estábamos despedidos. Éramos diez trabajadores que cobramos nuestra última mensualidad y nos enfrentamos a la fatalidad. Muchos teníamos deudas y poca esperanza de solventarlas. Dejé mi piso alquilado, llamé a mis padres y me enteré de que mis hermanos estaban en la misma situación.

El regreso fue como uno de esos pasajes bíblicos en los que los hijos errantes vuelven al seno familiar. No sabía que mi injusto trabajo y mi absurda conducta de no ir de visita ni interesarme por la familia me traería tantos tragos amargos. Al principio todo fue alegría, besos, abrazos y buenos deseos. Los buenos días con esas fraternales conversaciones en las que describíamos por capítulos nuestra vida después de emprender el vuelo. Alicia nos contó sobre las infidelidades de su marido, de la violencia familiar que nunca quiso confesarnos por miedo a las represalias. "No quería que sufrieran Danielito y Aurora—decía abrazando a sus dos pequeños hijos mientras se le salían las lágrimas—. Habría sido muy duro para ellos, sin embargo, miren en qué acabó todo". Para Ernesto las cosas no habían sido mejor. Parecía que nuestra familia estaba acosada por la desgracia. Primero, se había ido a trabajar a un taller mecánico en otro estado de la república, luego había entrado como camionero trayendo cargas de fruta de Veracruz a la capital. Luego, conoció a una jarocha que

lo desplumó y lo echó a la calle. De milagro había podido llegar a la ciudad. Nuestros progenitores se encontraban bien de salud y, a pesar de la gran carga que iban a tener que soportar con toda la prole en su casa, mostraban buen ánimo.

Fuimos notando como la existencia se iba reduciendo a un micro mundo en el que una familia empieza a reconocerse de nuevo. Se acabaron pronto los buenos recuerdos de la adolescencia y un fantasma de rencores empezó a cuchichear por las esquinas de la casa, luego en el baño, después en el salón comedor y, al final, en las miradas. Teníamos racionamiento como en tiempos de guerra. Los ahorros de mis padres se fueron reduciendo con rapidez y llegó el momento crítico en el que nos preguntamos qué tareas podíamos hacer para traer dinero. Ya habíamos notado el silencio de la calle. No había vendedores ambulantes, el mercado se había cerrado por seguridad. La gente se veía como enemiga en la calle y establecimos prioridades. Como cuando los barcos se hunden, los niños y ancianos eran los que comían primero y los demás teníamos que apretarnos el cinturón.

Una de las cosas que nos mantuvo lejos del colapso fue el alivio que nos produjo el mal ajeno. Es verdad que no se puede uno consolar comparando su destino con el de los demás, pero en ese período funcionó bien. ¿Se acuerdan de Pedro? Nos preguntó mi madre ¡Cómo no nos vamos a acordar, mamá! Le contestamos todos, si era nuestro mejor amigo. Pues imagínense que a su madre la atropellaron y a él lo metieron al tambo por ladrón. La noticia nos dejó paralizados, pero era solo un rayo de luz en esa ceguera que habíamos querido mantener ante el mundo de nuestros padres. Y la señora Lolita que tuvo que ver el asesinato de su hijo a manos de la policía, que supuestamente lo buscaba con tener contactos con grupos delictivos. ¡Ah! ¡Y lo que le pasó al dueño de la marisquería! También, el incendio de la casa de la doctora que ayudaba a todos los enfermos que la iban a buscar y doña Mariquita…

Las cosas que nos contaba con tantas descripciones, nos partían el corazón. Todas las noches nos íbamos a llorar en secreto y al hacer un recuento de las cosas que nos había arrebatado la desgracia, sacábamos la conclusión de que teníamos suerte de haber conservado la vida y la dignidad. Lo malo es que el hambre nos arreciaba y nos iba convirtiendo en fieras salvajes, en seres insensibles que lo único que querían era sobrevivir. Recordé algunas historias que había leído y me puse como objetivo salvar a mi familia. No lo pude hacer. Las circunstancias nos llevaron a practicar una especie de canibalismo extraño. Le echamos la culpa al sistema, a los políticos y a la epidemia, pero sabíamos a la perfección que lo que nos había faltado era voluntad y humanismo. Para evitar más conflictos decidí irme. No sé cómo habrá terminado todo, pero tengo la esperanza de que con mi ausencia y la de mi hermano las cosas hayan podido mejorar.

Capítulo 8

Del día ocho al catorce

Sorpresa

La sala era muy amplia. Estaba llena, a pesar de que era mediodía. Por lo regular la gente acude a las presentaciones de libros por la noche porque siempre existe la posibilidad de servir vino. Iba a hablar de mi tercera novela. La primera había sido todo un éxito, pues la había concebido en diez años, la segunda menos afortunada, pero elogiada por su originalidad había nacido en dos y la tercera era casi un aborto porque solo se había gestado en unos meses de trabajo muy arduo y poco fértil. La gente me miraba con admiración, pero dentro de mí se paseaba una sensación horrible que me había dejado desde la mañana un feo gesto. "¿Qué le pasa? —me preguntó el representante de la editorial—. Se ve mal. Si quiere puedo decirle al público que está enfermo y posponemos la presentación". Esa actitud hizo que me enfadara más y le dije en tono muy seco que no se preocupara.

Me invitaron a tomar asiento en una mesa con unos micrófonos. Traté de relajarme, pero el gesto desagradable seguía torciéndome la boca. Cuando se calló el presentador, comencé a liberarme de mi pesar. No era un padecimiento físico, era algo que me enturbiaba el alma, una de esas angustias provocadas por una superstición. Tal vez fuera mi situación terminal, sabía que no lograría escribir nada en los próximos años. Estaba completamente arruinado y la gente se esmeraba en decirme lo contrario. Me centré en el tema principal de mi trabajo, hablé de las peripecias de los personajes. Expliqué la estructura de la historia y los saltos en el tiempo del narrador que comenzaba con el final de la historia y la iba armando después como un rompecabezas. La trama era simple y los más importante, se suponía, era describir las sensaciones de los personajes. Había empezado mi carrera con una gran novela de suspenso, luego una de ficción y esta última era un drama que acabaría conmigo de una vez por todas. De pronto me sentí mal ante las imágenes de los escritores que admiraba. "¿Qué diría de ti tu amado Kafka? ¿Tendrías el morro de decirle a Dostoievski que eres escritor? Peor aún, ¿le echarías en cara a los narradores que odias que son peores que tú?". Esas preguntas me hicieron sentirme un enano miserable.

Mi fingida elocuencia logró impresionar a los asistentes. Me hicieron bastantes preguntas y llegó la hora de firmar. Por fortuna el gesto bilioso se había desvanecido un poco y las personas me dictaban sus nombres. Una mujer que le quería hacer un regalo a su hijo, ya saben cómo es eso de cursi; la chica emocionada que se identifica con alguna de las mujeres de la historia, los tipos que piden que les aclare la falta de erotismo; los estudiantes atosigando con que les revelara algún secreto milagroso para

que ellos también pudieran escribir; y, por último los escépticos que se conducían como doctores augurando la fatalidad con sus podría haber sido mejor, ¿no? Afortunadamente ya estaba pasando lo peor. La gente se iba retirando con disimulo y las pocas personas de la fila se veían un poco inquietas. Era un buen signo, pues no tendría que mantener esas largas conversaciones con gente que se siente bien hablando con los famosos. Es una pérdida de tiempo porque si te elogian solo hacen que te duela más la llaga, y si te critican, ponen en movimiento ese mecanismo destructor que ya habías podido detener un poco.

La última persona que me pidió una dedicatoria era una chica joven de unos veinte años de edad, o sea, la mitad de la mía. Era atractiva y se le notaba que sus gustos estaban muy lejos de lo que yo podía ofrecerle. Me la imaginé tardes enteras leyendo novelas juveniles de misterio o, incluso, policiacas, pero jamás tonterías como lo que yo hacía. "Soy una gran admiradora suya—dijo sonriendo con mucho encanto—. Me he leído sus dos novelas anteriores y algunos cuentos. Todo me ha parecido tan original". Le pregunté su nombre y le escribí algo con sinceridad. Lo leyó y quedó muy satisfecha.

—¿Sabe que sus mujeres me recuerdan a Ana Karenina y Madame Bovary?

Me sorprendió mucho que hiciera esa comparación porque, si bien era cierto que las había estudiado para crear a mis personajes, no había cogido ninguna característica en particular. Es más, tenía la convicción total de que las mías eran los polos opuestos a esas damas.

—¿En verdad cree que se parecen? Bueno, dígame qué cosas tienen en común…

—Mire, la señora de Mallone es alta, morena y se porta como una aristócrata de cuna.

—Sí, querida Janete, pero hay muchas mujeres que tienen esas características, tanto en literatura como en la vida, sin embargo, en el interior son completamente diferentes. A mí me parece que la señora Rose de Mallone es muy simple y hasta sosa, sin pasión en el cuerpo y con agua en las venas, ¿no le parece?

—Creo que ahora que lo dice, es así y ¿por qué no las creó diferentes?

—Sábete muchacha que una obra es un mecanismo en el que cada personaje, escena y diálogo es una pieza que debe ir exactamente en su lugar y para "La pasión en las cumbres" era primordial que esas mujeres fueran precisamente así.

No pude seguir hablando con ella porque me llamó el editor. Me dio un escalofrío porque solo había dos cosas de las que le gustaría hablar: mi próximo libro o la cancelación de mi contrato. Las dos eran muy desagradables. El señor Françoise estaba muy serio y me miró con detención. Me preguntó por qué tenía mi cara de pocos amigos, luego habló de cosas superfluos, seguro que solo lo hizo para preparar el terreno, y, al final, lo soltó todo. Aunque no fue nada de lo que yo pensaba, sus palabras me destrozaron. "¿Sabe que he descubierto una gran cualidad en usted? —me dijo dándome palmaditas en el hombro—. Le quiero hacer una proposición". Me dijo, entre otras cosas, que los grandes trabajos de literatura se elaboran con cuidado y con mucho tiempo de cocción, que apreciaba mi talento, pero que le serviría mejor haciendo tirajes semanales. Me explicó que debía imaginar una historia y escribir cuatro capítulos por mes. El plan era sacarlos en los suplementos dominicales. "Escriba como esos periodistas de los años setenta del siglo pasado y ya verá que bien va todo. Olvídese de trascender en la literatura universal y relájese, se le da muy bien". Me despedí de él con la intención de rescindir mi contrato.

Estaba fatal. Me había alcanzado el destino. Si ya me había sentido un miserable enano, en ese instante quería que me tragara la tierra. Me habían dicho que escribiera novelitas románticas y que lo tomara como una excelente propuesta. Estaba claro que había mordido el polvo y de allí en adelante me precipitaría por una pendiente tan empinada que pararía en el mismísimo infierno. Deseé muchísimo embriagarme y olvidarme de todo. Decidí que volvería a mi casa y me entregaría a la fatalidad. Me encaminé a la salida sin despedirme de nadie, pero se me cruzó Janete y tuve que invitarle un café. Fue por causa de su persistencia. Me dijo que ella estaba decidiendo su vida y que necesitaba con urgencia saber si merecía la pena escribir. Algo dentro de mí se despertó y me surgió el deseo de destruirla. No había ningún motivo aparente. Más tarde supe que quería salvarla, alejarla de esa vida horrible de ser un frustrado que triunfa en la soledad y se aísla de la gente para maquinar sus ideas. Esa imagen falsa de que los escritores son unos super dotados o se diferencian por algo tan valioso que superan a todas las demás personas no era cierta. Ella era guapa y no se lo merecía, sin embargo, pero si triunfara algún día, tendría más suerte que yo. Le dije mientras conversábamos en una mesa solitaria y alejada de los pocos clientes que había en aquel sitio que desistiera.

—No te recomiendo que lleves una vida tan hostil, solitaria y mal agradecida. Te mereces algo mejor. Podrías encontrar a un hombre que te bajara el cielo y las estrellas. Eres guapa, no desperdicies tu vida en tonterías.

—Pero, es que llevo mucho tiempo leyendo y escribiendo. Me gustaría que

les echara un ojo a mis trabajos. Sé que tengo talento y…

—No lo sé, Janete, preferiría no verlos. No te ofendas, pero eso, te lo juro, sería mejor.

—Será solo un momento. Mire, aquí tengo uno de mis mejores cuentos.

Sacó unos folios y los puso sobre la maesa. Traté de evadirme durante un cuarto de hora, pero al final tuve que ceder. El escrito no tenía nada que se le pudiera elogiar. Descripciones muy largas, unos personajes sin carácter, superficiales y poco creíbles, era una historia lineal sin nada de intriga y lo único que si era digno de atención era el uso del lenguaje, simple, pero con metáforas muy bien logradas. Le dije que tendría que trabajar mucho y que no sería suficiente con escribir, tendría que leer un montón. Ella soportó la crítica y me pidió ayuda. Me negué categóricamente y me puse a escribirle una lista de libros que sería bueno que leyera. Pedí la cuenta y le di mi tarjeta para que me llamara cuando terminara de leer todo lo que le había recomendado. Pensé que con eso me libraría de ella, pero se levantó y me dijo que tenía bastante tiempo libre y que podríamos pasear un poco. Me prometió no insistir en que le ayudara y se limitaría a hablar de cosas cotidianas.

Llegamos a un parque. Buscamos un banco y nos sentamos. Me preguntó por mis películas favoritas, mis estudios, sobre algún amor serio y mis gustos en la comida. Le conté tres o cuatro films que ella desconocía y me salté los otros temas. Le dije que tenía otros compromisos y que era hora de marcharme. “No me importaría esperarte—me dijo tuteándome a pesar de que yo mantenía la distancia con un registro formal—. Tengo todo el tiempo del mundo”. No me pude deshacer de ella y, peor aún, comencé a descubrir sus cualidades y apreciar su belleza. Sus ojos eran claros y su mirada muy infantil. Su pelo todo el tiempo le tapaba la cara y ella se lo echaba hacía atrás con un movimiento muy sensual. Estaba rodeada de un aura tibia que transmitía calma. Era eso seguramente lo que trataba de evitar. No quería hablarle mucho de mi vida para no estrechar lazos y entablar amistad. Lo peor fue cuando me preguntó sobre mis romances. Me desconcerté mucho. Al principio quise darle la impresión de que era un embaucador de mujeres para que se alejara, pero no sabía cómo hacerlo. Tenía muy poca experiencia en el amor y siempre había tratado de alejarme de las situaciones comprometedoras. Se lo confesé y emprendí el ataque cuestionándola. Resultó que ella había tenido más suerte que yo, era lógico, pero no entendía el porqué. Me sorprendí pensando que tal vez yo fuera su ídolo y que esperaba que nos uniéramos. Decidí que eso era la más grande estupidez que se me había ocurrido nunca. Acepté que me acompañara, no eran muy importantes mis asuntos. La convencí de que se fuera a su casa en un taxi.

No la vi durante unas semanas y me llamó para preguntarme si la podría acompañar a una exposición en la que su amiga presentaba sus cuadros.

Llegué al club en el que se llevaba a cabo el evento. Miré algunos cuadros antes de acercarme al grupo en el que se encontraba Janete. La rodeaban algunos jóvenes y su amiga tenía todo el aspecto de los hippies de los años setentas. Nos saludamos e hizo las presentaciones correspondientes. Me organizaron un tour por la sala y di opiniones falsas de las pinturas. Me parecían horribles y mal hechas. Adulé a la pintora y me bebí una cuántas copas de champagne. En dos horas ya estaba bastante relajado. Pocas personas me habían reconocido y nadie se había animado a entablar una conversación seria conmigo. Noté la belleza de Janete. Se había recogido el pelo y llevaba un vestido que le favorecía mucho. Luego me presentó a uno de sus antiguos novios. Era un hombre bastante atractivo, fuerte y con ese encanto que atrae a las mujeres. Me dolió un poco compararme con él. Era injusto. Mi aspecto nunca había sido muy saludable y mi atractivo, si lo había tenido, se había perdido en el túnel del tiempo.

"¿No has cambiado de parecer, Juan Carlos?". Me preguntó refiriéndose a la lectura de sus trabajos. Como me encontraba mejor y no tenía esa mala leche del día que la conocí, le dije que estaba de acuerdo. El alcohol me había calentado la cabeza y un sentimiento noble me obligó a prometerle que lo haría, pero que la previne de que se atuviera a las consecuencias. Me sonrió con picardía, me entregó un trabajo que llevaba en su bolso. Eran unas diez cuartillas y los metí en el bolsillo trasero de mi pantalón como si fuera un periódico. Se fue y me pidió que la llamara cuando estuviera listo para devolvérselo.

La vi alejarse. Iba contenta y su paso era rápido, me la imaginé como a una niña que ha hecho una travesura y se aleja para que nadie la reprenda. Me contagió el buen humor. Llegué a mi piso dejé el escrito sobre mi mesa de trabajo y me serví una copa. El monstruo de la derrota, que me había estropeado algunos meses, estaba dormido en su cueva y me alegré un poco con un baño de optimismo. Hacía mucho que no tenía esa tranquila sensación de no deberle nada a nadie y los compromisos tanto de trabajo como personales me interesaban un comino. No quería leer nada y me puse a ver un libro de pintura que había comprado recientemente. Me encantaron los cuadros de los pintores rusos, ingleses y americanos. Impulsado por un deseo de sentirme vivo preparé una carne al horno y saqué una botella de vino. Recordé mi vida universitaria cuando me reunía con unos amigos a leer poemas. Hacíamos eso, precisamente, Héctor y yo comprábamos las botellas de vino moldavo e Iván y Marco conseguían la carne. Las tertulias eran en casa de un exiliado chileno que nos orientaba en ese fecundo campo de la narrativa. Le leíamos nuestros trabajos y él nos explicaba lo que se podía mejorar. Eran buenos tiempos, pero ya casi los había olvidado. En general con tantos compromisos e inestabilidad emocional mi pasado se había ido borrando y ni siquiera me había preocupado por rehabilitarlo. Me alegré mucho de recobrar el rostro de aquel excelente poeta que nos inculcó el buen gusto y nos mostró el buen camino de la creación literaria. Me dormí

muy tarde y bastante borracho.

La mañana era hermosa. El cielo estaba claro y, a pesar de mi resaca, me sentía bien. Pensé que mi biorritmo estaba de nuevo en la línea ascendente y tenía que aprovechar bien el tiempo. Cogí mi carpeta en la que tenía los materiales para mi novela y empecé a planificar la escritura. Trabajé unas tres horas y después comencé a darle vueltas a una idea que sería la joya de la corona de mi próximo trabaje. Decidí dejarla reposar un tiempo. Salí a dar una vuelta y tomé algo ligero en una cafetería. Leí las noticias y me fui a una plaza en la que me gustaba ver a la gente. Había pocas personas. Nadie me llamó mucho la atención. Me centré en mi respiración, estaba muy tranquilo y me gustaba esa sensación. Estuve así durante una hora, luego me levanté y me fui a comer. Después del almuerzo me dormí un rato. Las cosas iban bien y a las siete de la noche decidí leer el escrito de Janete.

"Me levanté con un mal presentimiento. Mi abuela estaba en la cocina mirando a través de la ventana. Su cara reflejaba la tristeza y presentí que algo malo había pasado. En realidad, ya habían sucedido cosas malas. Mi madre se había separado de Jorge y se había ido al extranjero. De mi padre no había señales, aunque seguía viviendo en la ciudad. Recordé las cosas que me habían dicho de él. No recurras a ese señor nunca—me decían mi madre y mi abuela—. Jamás sentí curiosidad por saber quién era y a qué se dedicaba. Me habían ordenado enterrarlo en el pasado y así lo había hecho. Tenía solo siete años y a mi manera había encontrado otro padre. Era un amigo de Jorge. Un señor de veintisiete años. Se llamaba Arturo y mi abuela le alquilaba una habitación. Era muy tranquilo y nos ayudaba en todo. Lo que más me gustaba era que nuestro perro lo adoraba. Era porque Arturo imitaba los gruñidos, ladridos y todo tipo de sonidos que emiten esos animales. Me daba mucha risa ver a Jack moviendo la cabeza muy sorprendido. Él trataba de entender por qué un ser humano dominaba su lengua y no podía estarse quieto. Seguro que tenía un problema existencial. Lo que nos ponía de malas era que no obedecía a nadie más que a él. Arturo estaba trabajando de profesor en una universidad. Enseñaba una lengua extranjera y cuando preparaba sus clases le hacía todo tipo de comentarios a Jack y le explicaba las reglas gramaticales. El pobre perro lo miraba con los ojos exorbitados y gruñía o refunfuñaba para expresar su desacuerdo. Conmigo era muy bueno. Me daba lecciones de la vida, me decía que debía ser trabajadora y estudiosa. Me preguntaba por mis deberes de la escuela y nos llevaba a pasear. Mi abuela le agradecía mucho que hiciera todo eso por nosotras. A él le encantaba llevarnos a los museos o al cine. Después íbamos a comer a algún lado y siempre compraba, los fines de semana, una tarta para tomar con el té. Esa mañana mi abuela me dio la noticia de que Arturo también se había marchado. Jack estaba peor que la abuela. No quería comer y se la pasaba tirado en un rincón. Nos costó mucho tiempo superarlo. Lo peor es que Arturo jamás se volvió a comunicar con

nosotras”.

Me centré en analizar la forma, por eso no le había dado mucha importancia al contenido. Interpreté el fragmento como la introducción del narrador a una historia infantil, sentimental y cursi. Hice varias anotaciones y escribí mis recomendaciones en cada párrafo. Pensé que lo mejor sería llamar a Janete y pedirle que lo leyera aquí y lo reescribiera con los consejos y correcciones pertinentes. Me preparé un café y le eché una ojeada a mis apuntes para la próxima novela. Sabía a la perfección que era un trabajo que retardaría un poco mi caída, pero ya no me importaba. Repasé la historia que quería contar. Se trataba de unas mujeres que se encontraban en París y se enamoraban, luego pasaban una semana en una habitación casi sin salir y en ese tiempo le daban rienda suelta a su pasión hasta que, saciadas y abrumadas de tanto sexo, se despedían para siempre. Creía que lo interesante de esa historia no estaba en el erotismo, género que considero el último recurso de los malos escritores para mantenerse a flote, más bien quería desentrañar los sentimientos de esas mujeres. Además, las dos habían padecido una vida dura. La primera, Alisa, había nacido más como chico que como niña. Creó una serie enorme de complejos y estuvo a punto de destruirse en la adolescencia, sin embargo, con la ayuda de los psicólogos y los médicos había empezado a tomar hormonas que le disminuyeron la espalda, le acentuaron el talle y le erradicaron el exceso de vello en las axilas y el pubis. La otra Francesca era todo lo contrario, desde pequeña había sido en exceso femenina, muy finita y con facciones de ángel, pero deseaba ser todo lo contrario y cuando creció empezó a practicar el físico culturismo. Al encontrarse esos dos seres tan particulares, pensaba yo, sería inevitable la pasión, pero además lo interesante estaba en el desvelar sus sentimientos, contar sus historias y saber cuál había sido la causa de su decisión.

Pensé que Janete podría contribuir en mucho con mi obra. Podría matar dos pájaros de un tiro. Ella se orientaría en la narrativa y yo aprendería muchísimas cosas de la naturaleza femenina. Decidí llamarla y hacerle la propuesta. Ensayé bastante rato el rollo que le iba a echar. Elegí con cuidado las palabras, expresiones y las reacciones que manifestaría durante nuestra conversación. Cogí el teléfono y marqué. Esperé bastante para que me contestarán. Por fin, oí una voz de mujer mayor. “¿Está Janete? —le pregunté con mucha cortesía—. Se ha equivocado. No conozco a ninguna Janete”. ¿Pero no es el 34 56 78? La mujer colgó y me quedé desconcertado. No era posible que hubiera un error. Marqué de nuevo y me volvió a contestar la misma mujer. Me dijo que vivía sola y que no tenía ni idea de quién me había dado su teléfono. Tardé en asimilarlo. Era muy raro que Janete se hubiera mostrado tan amable y todo fuera una mentira. Lo malo es que no tenía la más remota idea de dónde encontrarla. Pensé en asistir a todas las presentaciones de libros en la ciudad para ver si me la encontraba. No había ninguna pista y me sentí muy triste. Lo único que tenía de ella eran sus escritos y allí debía estar la

clave. Volví a la lectura para buscar un rastro que me llevara a Janete.

“Me costó mucho superar su partida. En primer lugar, no se había despedido de mí yen secreto se había marchado como si fuera culpable de algo. Por desgracia, la vida empezó a encrudecerse. Llegaron noticias de mi madre. Estaba en una situación paupérrima. Encerrada en una cárcel creada por las circunstancias. Necesitaba volver, pero no tenía trabajo, ni posibilidad de encontrarlo. Le ayudaban unas personas, pero por ser tan modesta la colaboración perdía peso cada mes. No tenía sus documentos en regla. En nuestro país estaban candentes los conflictos políticos. La economía se tambaleaba y la pobreza comenzó a azotar como la peste. Mi abuela se enfermó y tuvimos que pedirles ayuda a nuestros conocidos. Hicieron oídos sordos. A mi me alimentaban con lo de la escuela. Se desayunaba mal y se comía peor, pero era suficiente para sobrevivir. Jack murió de inanición. No pudimos hacer nada”.

Cuando llegué a ese pasaje me di cuenta de que no se trataba de un cuento ni principio de novela, era simplemente una confesión. ¿Para qué quería Janete que leyera eso? ¿Había algo oculto en esa triste historia? Me sentí mal porque vi que mis prejuicios siempre habían estropeado mis relaciones con la gente. Dejé de leer y me puse a beber un poco. Las ideas recorrían mi cabeza como pinchazos y la sensación era horrible. Cuando me metí media botella de coñac logré dejar de sentir los piquetes. Me dormí.

Durante la noche había tenido un sueño raro. Era algo relacionado con mi pasado. La historia que contaba Janete se parecía a algo que había vivido, pero estaba muy borroso en mi memoria. Yo había vivido con un amigo durante mi doctorado en la universidad. Éramos buenos amigos, pero él siempre estaba riñendo con su mujer y se iba de la casa. Sabía que se reunía con otros compañeros en la residencia estudiantil y que tenía una amante. Su esposa lo soportaba por la hija, pero me daba tanta lástima que trataba de cubrir el hueco que tenía en su vida. Le hacía regalos y la invitaba con su abuela a pasear. No era posible que las coincidencias fueran tantas. Janete estaba desenterrando ese pasado que se encontraba bajo las capas de amnesia de mi mente. Decidí leer hasta el final.

“La vida tocó fondo. Murió la abuela y me mandaron a un orfanato. Allí viví hasta que llegué a la adolescencia. En esos siete años me hice adulta. Logré lidiar con los conflictos, pero quedé marcada por los abusos físicos y psicológicos. Tal vez no sufrí lo peor, pero me costó mucho trabajo superarlo. Traté de buscar a Arturo. No sé si recibió mis cartas dirigidas a la embajada. Nunca contestó. Perdí la esperanza de encontrarlo. Necesitaba su apoyo, su amor paternal. Tal vez habría podido ayudarme. Mi madre desapareció. Me quedé completamente sola.

Muchos años después, cuando pude superar todas las dificultades. Me puse a trabajar. Entré a estudiar en la universidad y sentí la necesidad de

escribir. Me puse a leer a los clásicos. Entré a talleres de creación literaria, luego di clases por un tiempo y decidí escribir. No he terminado mi gran novela, pero seguramente tratará del sufrimiento humano. De las cosas horribles que le pueden suceder a un niño. Al final, ya muy tarde, encontré a Arturo. Se había hecho escritor. Leí sus dos primera novelas. La primera me gustó, pero la segunda me pareció un parche provisional, una especie de remedio para ocultar la fatalidad. No tiene mucho talento y seguro pronto lo dejará. Lamento mucho que no se haya dado cuenta de que yo era aquella pequeña niña a quien pudo adoptar. La vida habría sido más pasadera con su apoyo. No guardó ningún rencor. Espero que con esta confesión quede claro que no deseo ninguna relación con él. Espero no verlo nunca más".

Lo comprendí todo y me remordió la conciencia. Sentí un dolor horrible y comencé a tener visiones por la noche. El insomnio que perduró más de un año y ahora soy un hombre decrépito. No deseo seguir escribiendo y espero día a día encontrar la foto de Janete en un hermoso libro. Es lo único que me da aliento para continuar. Por lo demás sobrevivo como puedo. Escribo en un periódico algunas columnas semanales y voy sobreviviendo. Me negué a escribir novelitas eróticas y románticas y vivo en el anonimato. Lamento haber publicado mis dos últimos trabajos. Debí haber debutado y renunciado al mismo tiempo. Así al menos habría quedado como un escritor sólido, pero persistí y con eso cavé mi fracaso.

Capítulo 9

Días quince y dieciséis

La hermosa villana

Mi caso es el de aquellas chicas que fueron descubiertas en una cafetería por casualidad. Suena a cliché, pero fue así en realidad. Estaba cubriendo el horario de mi compañera Annie que se había enfermado y llegó un hombre trajeado. Se notaba de inmediato que era influyente. Su forma de mirar, de pedir el menú y conversar lo delataban por más que se esforzara en ocultarlo. Además, sus manos estaban muy bien cuidadas, llevaba un anillo de oro con una gran piedra y un reloj de muy buena marca. Se quitó el sombrero y el abrigo al entrar, vio un sitio vacío y se sentó. Me acerqué y le di el menú. Me miró con curiosidad y mientras atendía a los demás clientes sentí su mirada pegada a mi espalda. Era como un cosquilleo muy persistente en la nuca. Le pregunté tres veces si ya había decidido lo que quería tomar, pero estaba poniendo a prueba mi paciencia. No podía reñirle o tratarlo como a los típicos hombres que aparecían por allí para invitarme a salir. Después de varios intentos y, cuando ya había empleado todo mi encanto, se decidió por un café y unos huevos con tocino. Me pidió varias veces servilletas, agua, sal, palillos y cualquier cosa que le pudiera ofrecer una excusa para llamarme. Terminó de comer y después me preguntó mi nombre, dijo que no le gustaba, que era demasiado alemán. “Ya hay una Dietrich, una Hagen y una Bergman, así que te tendrás que cambiarte el nombre, querida—lo dijo como si fuera un director de cine que va a elegir su reparto—. ¿Qué te parece Diana Lange? No está mal, ¿no?”. Le sonreí cortésmente y me encogí de hombros. Le entregué su cuenta y me retiré. Cuando volví a cobrarle ya estaba de pie. Era bastante alto y me preguntó por el dueño. Le dije que estaba en su oficina al lado de los baños. Se fue directamente a verlo y diez minutos más tarde me ordenó que me quitara el uniforme, que fuera por mis cosas y me despidiera de mis amigas. Me fui a cambiar y me choqué con el dueño.

Enhorabuena, dijo muy alegre, te has ganado la lotería, Catherine. No sabía en ese momento a qué se refería y tampoco tenía mucho deseo de investigarlo porque el tipo no me caía bien y si trabajaba en su establecimiento era por la gran necesidad que tenía de hacerlo. Cuando volví con mis cosas el hombre rico se presentó y me dijo que le indicara el camino a mi casa. Le contesté que alquilaba un piso con una compañera. Me llevó hasta mi dirección y saqué mis cosas. Me había dado su tarjeta y me mostró un periódico reciente en el que salía su nombre. Nunca lo había visto porque no me interesaban los directores de cine. Veía las películas y si me gustaban recordaba el reparto, pero nada más. Ese día cambió mi vida por completo y pensé que, por fin, la suerte iba a sonreírme. Lo que no sabía era que mi destino, ya torcido desde la

adolescencia, llevaba al mismísimo infierno. Una especie de círculos dantescos e infernales.

Mi padre nos abandonó un poco después de que cumplí los trece años. Ya no pudo soportar la infidelidad de mi madre y su frivolidad. Era, en cierto grado una ninfómana, pero su mal, más que físico, era mental. Siempre he pensado que ella buscaba a los hombres para que la humillaran, era masoquista y deseaba que su cuerpo sufriera como si esa fuera la penitencia por haber nacido. Quizá estaba inconforme con su feminidad y ese era su modo de vengarse. Muchos hombres entraron en la casa. Le daban un poco de dinero y hacían con ella lo que se les antojaba. A mis quince años me sentía con la necesidad de huir, pero vi tan mal a mi madre que pensé: "Si la dejo ahora, se morirá y cargaré con ella el resto de mi vida". Hice mal en no largarme porque se le ocurrió la idea de alquilar una habitación. La casa era pequeña y tenía dos pisos. Había un estudio en la planta baja que mi padre siempre había usado para descansar y leer. Mi madre lo puso en alquiler. Muy pronto apareció tipo que trabajaba de obrero. Tenía un gesto raro que no se podía definir a primera vista y no estaba claro si era por una dolencia física o tenía dentro algo monstruoso. Era lo segundo, pero lo descubrí muy tarde.

Las primeras semanas se comportó bien, pero cuando llegó el cumpleaños de mi madre le entregó un regalo caro, la embriagó y le dijo que se quería juntar con ella. Le prometió bienestar, seguridad y diversión en la cama. Como mi madre no trabajaba, aceptó y comenzó a beber más de lo habitual. Se caía en el salón por la embriagues y se quedaba tumbada en el diván. Joseph la encontraba así, la levantaba en vilo y la metía en la cama. Jamás me atreví a asomarme y ver qué era lo que hacía cuando mi madre en su delirio le gritaba e insultaba. No podía soportarlo más y decidí marcharme. No tuve tiempo de hacerlo cuando debía porque el fin de semana que estaba preparando mi huida llegó Joseph muy de madrugada y se metió en mi habitación. No estaba tan borracho. Me desperté y lo vi horrible. La luz de la luna le daba en pleno rostro y su sonrisa de dientes torcidos era macabra. Me tapó la boca y me hizo infinidad de porquerías. Me tuvo atada dos días y descargó toda su escoria sobre mí. No deseo contar con detalles lo sucedido, pero cualquier mujer queda destrozada después de una experiencia así. Me escapé de milagro y fui a denunciarlo. La policía lo interrogó e incluso lo metieron en una celda, pero lo dejaron ir por falta de pruebas. Estaba tan herida y ultrajada que me prometí matarlo algún día.

Abandoné la ciudad y comencé a trabajar de camarera. Trataba de evitar el contacto con los hombres y cada vez que recordaba lo sucedido en mi casa o veía un sueño que se relacionara con eso, me asaltaba el pánico y me quedaba tiesa por mucho tiempo. Pensé que la única forma de acabar con mi mal, era vengarme, sacarme esos demonios del interior, y así lo hice. Reuní un poco de dinero y conseguí un arma. Era una pistola vieja y medio oxidada, pero disparaba bien. Me la consiguió un viejo solitario que

tenía una tienda de antigüedades. No tiene valor como antigüedad, pero dispara, dijo mirándome con ojos de cómplice. Me la dejó por unos cuantos dólares. Incluso me llevó a un descampado y me enseñó a usarla. Me fui decidida a dispararle a quema ropa al maldito Joseph. Él ya no vivía en mi casa. Mi madre estaba muy demacrada y seguía encontrándose con los tíos, tenía muy mal aspecto y en mis tres años de ausencia se había convertido en un esqueleto. Una tarde fui a la fábrica y esperé a que saliera mi víctima. Lo seguí hasta su nueva casa. Vivía solo en un cuchitril. Esperé a que llegara el viernes y lo dejé que se emborrachara en un bar. Salió cerca de la madrugada, se fue por una calle mal iluminada y lo seguí. Me le enfrenté y cuando me vio se rió con sarcasmo. Se apoyó en una pared y comenzó a burlarse de mí. Le apunté a la cara y disparé. Fue horrible. Ver su sangre saltar por todos lados y mirar su rostro desfigurado no me liberó de mis problemas, al contrario, hizo que la zanja fuera más profunda en mi alma.

Pasó el tiempo y logré ocultar mis traumas, mas no superarlos. Jerome Adams apareció en un momento muy certero. Tenía la cabeza tranquila cuando me encontró y hasta pensé que con un hombre así, podría superar mis fobias. Lo malo es que a él no le interesaba como mujer, sino como actriz. Me dijo que tenía una combinación de niña inocente y demoniaca que me serviría para ser una estrella. “En las películas de suspenso serás La Diva del crimen, te lo juro”. Pagó el alquiler por seis meses y le dio dinero a mi compañera de cuarto, subió mis maletas al coche y nos marchamos. Hicimos tres horas hasta la ciudad. Jerome me condujo a los estudios. Ya tenía un lugar selecto en la comunidad cinematográfica. Toda la gente lo saludaba. Era agradable y muy comunicativo. Tenía una forma muy especial de inclinar la cabeza y quitarse el sombrero. Contaba chistes muy graciosos y bromeaba contagiando el buen humor. Solo que en cuanto cogía el altavoz y sonaba la claqueta, se transformaba y podía echar a quien fuera del escenario si no hacía las cosas como las pedía. A mi me dijo que la señora Sara Butler me daría clases de actuación y cuando estuviera preparada me lanzaría al estrellato. Comencé a llevar una vida muy agradable. Todo el tiempo había reuniones en las casas de los famosos. En la semana me dedicaba a interpretar los papeles que me daban para entrenarme y me sentía muy bien. Los viernes por la tarde comenzaba el ajetreo. Es de conocimiento público que no terminé la escuela y que nunca asistí a la universidad, pero para la actuación no lo necesitaba. “El peinado y esa misteriosa mirada son lo único que necesitas para triunfar, muchacha”. Era verdad, lo decían todos y la primera película que hice me lo dejó muy claro. Aunque mi participación era muy breve, el público se fijó en mí. En las fiestas me elogiaban y me animaban a ser la maléfica protagonista en los films de detectives. Con la primera cinta me llegó el éxito.

Creí que la fortuna se haría mi amiga y tendría el mundo a mis pies, pero surgió el adefesio que se había encargado de volver mi alma putrefacta. No podía relacionarme con ninguno de mis pretendientes. Por más que lo

intentaba, no podía soportar sus besos y me ponía los pelos de punta que me trataran de desnudar, mi reacción era impredecible y se comenzó a propagar el rumor de que era una gata salvaje a quien no convenía tocar. Me gané el respeto de todos, pero eso me dejó aislada. Mientras estaba en el escenario era una persona como todas, pero una vez que se terminaban los rodajes y volvía a mi camerino sentía que mi cuerpo se llenaba de púas. Las personas se alejaban y nadie quedaba conmigo para salir. En las reuniones se me acercaban por compromiso, pero nadie entablaba amistad o simples conversaciones conmigo. Me fui quedando sola a merced de los monstruos que me acosaban por las noches. Lo más terrible es que pasé de moda muy pronto y me remplazaron por mujeres más altas y con mejor figura. Esa imagen de niñita traviesa dejó de ser un gancho para las malvadas asesinas o amantes fatales y me quedé aislada en mi vivienda. El dinero comenzó a escasear. No tenía muchas deudas, pero lo que poseía no me daba la oportunidad de seguir a flote en esa élite. Conseguí papeles secundarios y bajé de nivel, aunque interpretaba mejor los papeles. Comencé a refugiarme en la bebida para olvidar mi fracaso.

Al principio tomaba unas copas para conciliar el sueño, pero el ocio, el mal humor y la situación económica me hundieron. Me miraba en el espejo y ya no me veía a mí, sino a mi madre. Iba en picado por la misma cuesta. Sabía que no serían los hombres quienes me echarían a la fosa común. No, no eran ellos y jamás podrían hacerlo. Solo el maldito alcohol tenía ese poder fabuloso de engañarme y luego hacerme perder en un laberinto del que salía bañada de vómito, dolor de cabeza y arrugas. Cuando ya no pude soportar el vértigo del descenso me fui a una comisaría y escribí mi confesión. Se abrió el caso y se hizo pública la noticia. Había logrado llevar a la vida real a mis protagonistas. Los reporteros se dieron vuelo escribiendo sobre mi naturaleza oculta. Me calificaron de esquizofrénica, psicópata y asesina serial. Paré aquí en esta celda. Con una condena de reclusión perpetua. No sé si podré resistir mucho. Lo más probable es que una de estas noches no tenga la fuerza suficiente para seguir viviendo y me vaya para siempre.

Capítulo 10

Días diecisiete, dieciocho y diecinueve

El castigo de un crimen

Jack se quedó viendo las olas del mar. Levantó la cabeza para ver la lejanía del horizonte y no puso atención en las gaviotas que revoloteaban disputándose unos peces o comida abandonada por los turistas. Estaba muy concentrado. Repasó detenidamente todo lo que había hecho hasta ese momento. Su plan había sido todo un éxito y ahora ya podía respirar más tranquilo. No, no, de ninguna manera eso significaba que se relajaría y se entregaría a la vida que siempre había deseado, más bien empezaría a surcar la nueva ruta de su existencia con pies de plomo, pero sin la enorme carga de Helen. Respiró profundamente y formó su rompecabezas colocando las piezas de su coartada. Lo había hecho muchas veces y todo se había amoldado a su deseo. Ni siquiera los pocos imprevistos le habían obligado a disminuir o aumentar las piezas, el mecanismo era perfecto. Todo encajaba en su sitio. Hinchó el pecho y exhaló con fuerza, como si quisiera que su soplido alejara su pasado para siempre. En unas cuantas semanas, se dijo a sí mismo, podré vivir mi día a día con toda libertad y haré lo que se me pegue la gana. Una cosa sí que recordaré siempre. Jamás volveré a encandilarme con ninguna mujer. Las conquistaré, pasaré el rato con ellas y las despacharé antes de que se me monten del cuello. Para Helen habría sido mejor entenderlo, pero se aferró a sus principios. ¿Y de qué le sirvió? Ahora está allí lejos, muy lejos de mí y de mi vida. ¡Gracias a dios! ¡Qué en paz descanse!

Se fue tranquilo caminando como un adolescente que ha encontrado alguna motivación en la vida, con ese andar saltarín característico de la juventud. Se subió a su coche y se fue bordeando la costa. Llegó a su casa en quince minutos. La vistosa construcción por la que había pagado bastante dinero era muy moderna. Se había elevado el precio en esa zona y no pudo renunciar al contrato que había firmado. Merecía la pena estar en esa parte de la ciudad. Era tranquila. Los vecinos eran muy cordiales y estaban tan ocupados que se veían pocas veces. Entró y se dirigió al baño. El calor le había dejado el cuerpo con una capa salada. Se sirvió un poco de vino y puso música clásica. No le gustaban las óperas completas, pero le fascinaban las arias. Escuchaba sin parar La Casta Diva, La reina de la noche, Nessun Dorma, Brindisi y Nabuco, entre otras. Les decía a sus empleados que se le ponía la carne de gallina al escuchar esas voces que llegaban hasta lo más profundo de su corazón. Sus conocidos lo tenían por un vanidoso impertinente que trataba de ocultar sus defectos e incapacidad para comunicarse con la gente mostrando una máscara de falsa elegancia. No tenía muchos enemigos, pero sus más allegados conocidos le hablaban por alguna necesidad. Tenía talento para los negocios, pero le faltaba mucha inteligencia emocional. Había quien

pensaba que era un reptil porque no se inmutaba ante el sufrimiento humano. Podía despedir a sus empleados sin ni siquiera escuchar sus ruegos y disculpas. En esos momentos permanecía como una estatua, pero su apariencia era la de un ser inmensamente despreciable. Trabajaba bastante y se encerraba en su estudio por muchas horas. Salía poseído por una idea exitosa para manejar las finanzas y hasta que no lograba su objetivo no se detenía. Al término de su explosión de adrenalina quedaba flácido, sin fuerzas y con la impetuosa necesidad de aislarse.

Pasaron los días y Jack se fue acostumbrando a su nueva situación. Trabajaba más y se sentía liberado del grillete que lo había mantenido preso e imposibilitado por algunos años. Disfrutaba más las comidas y se permitía los platillos más predilectos. Comía caviar y tomaba champagne caro. Los fines de semana se iba a sitios de prestigio en los que se respetaba la privacidad de los clientes y se desbordaba en los cuerpos de preciosas mujeres que solo se podían permitir tipos con bastante dinero. Le gustaba en especial una mujer joven de origen ucraniano. Era todo lo contrario de su esposa Helen y con ella podía conversar a sus anchas. Era asombroso como esa joven conjuntaba cualidades tan opuestas. La belleza y una muy envidiable inteligencia. Podía hablar de literatura, arte y política sin problema. Usaba un léxico especializado y Jack la oía una hora entera sin contradecirla después de que hacían el amor. Quizás había cometido su pecado para unirse a ella. La idea le llegó exactamente ese día que volvió de la playa. Libre del yugo podía adquirir a una modelo para que le hiciera compañía. Podría cubrir todos los gastos y cuando se hartara de ella, la podría devolver sin compromiso alguno. Habló con la matrona que se lo comunicó a los representantes de la organización delictiva que dominaba en la ciudad la trata de blancas. Costó bastante, pero era el primer capricho que se daba en su nueva condición de viudo. Le puso un departamento y comenzó a visitarla dos veces por semana.

Las cosas iban bien y en su calendario de registros había un retraso. Había calculado que después de un mes debería empezar activamente la búsqueda de su esposa. El terremoto había sido muy fuerte y no había réplicas. Por lo regular, su mujer se desaparecía unas semanas cuando tenían desavenencias en la casa. Jack al principio le rogaba que no se fuera y que recapacitara, pero como los enfados se repetían con regularidad, Jack decidió dejarla ir y esperar su regreso sin molestarla ni apresurarla para que volviera. Era precisamente esa situación la que le había permitido llevar a cabo su plan. Siguió con su rutina habitual, pero no bajó en ningún momento la guardia. Hizo bien porque de haber estado desprevenido el día de la aparición del inspector Ernest King en su oficina, no habría podido responder a las preguntas.

—¿Es usted el señor Jack Silveti? —le preguntó el detective.

—Sí ¿dígame en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes. Soy el investigador privado Ernest King y me gustaría hacerle unas preguntas.

—Sí, inspector. Dígame ¿qué se le ofrece?

—Es sobre su esposa Helen. ¿Hace cuánto que no la ve?

—Pues, casi un mes o algo así.

—Y ¿no le preocupa?

—No. Claro que no. ¿Por qué tendría que preocuparme?

—Pues, es que ha desaparecido misteriosamente y nadie sabe qué le sucedió.

—Eso es extraño señor inspector porque yo la hacía en casa de mi suegra.

—Lamento informarle que fue precisamente la señora Margaret quien me ha enviado a buscarla.

—Eso es muy raro porque Helen tenía la costumbre de irse a ver a su madre cuando nos enfadábamos y como yo rompí relaciones con esa familia hace tiempo, lo único que hacía era esperar a que se le pasara el berrinche a mi mujer y volviera a la casa como si nada hubiera pasado. He de confesarle que vivíamos como extraños.

—Y ¿por qué no se divorciaron?

—Por ella, señor inspector. Se lo propuse muchas veces, pero Helen me reprochaba haberle estropeado la vida y se empeñaba en permanecer en la casa para recordármelo. Sé que eso suena muy infantil y que las personas adultas no hacen eso, pero ya ve, nadie se salva de cometer estupideces.

—En eso tiene razón. Bueno, perdone la molestia. Le dejo mi número de teléfono por si ella vuelve. Que tenga un buen día, señor Silveti.

—Lo mismo le deseo, inspector.

El inspector salió del edificio. Pensó que se enfrentaría a un tipo calculador y frío. “Ese cabrón sabe que, si no encontramos el cuerpo de Helen, no tendremos manera de atraparlo”. Siguió detrás de sus ideas como si fueran el hilo de Ariadna que lo sacaría del laberinto en el que se encontraba. Sabía que, en efecto, Jack había dicho la verdad, sin

embargo, había todo un mes en el que nadie había visto a la mujer. Era muy posible que hubiera muerto el día que se disponía a ir a casa de su madre. Antes de entablar conversación con Jack, King le había preguntado al personal sobre los hábitos de su jefe. Supo que las riñas con su mujer eran frecuentes, que él no les daba importancia y se dedicaba a su trabajo. Había ocasiones en las que, incluso, dormía en la oficina. También hacía viajes o se desconectaba del mundo los fines de semana. Ernest comenzó a hacerse preguntas sobre el carácter de un tipo así. ¿Qué lo había llevado a casarse con Helen? ¿Por qué habían empezado sus riñas? ¿Qué hacía para desahogar su odio contra la mujer que tenía en su casa y no le servía ni de amante ni concubina ni prostituta ni nada? Era evidente que había planeado su desaparición. Empezó a rondar la casa y la oficina. Pronto encontró el departamento en el que se reunía con su amante.

Ella le contó toda la verdad. Se habían conocido en un burdel de lujo. Lilia se había liberado del yugo de sus extorsionadores gracias a un pago en efectivo que había realizado el ejecutivo. Le había puesto el departamento y se encontraban dos veces por semana. Él le depositaba dinero en su tarjeta y ella vivía sin llamar mucho la atención. No podía decir que Jack era el hombre con el que a ella le habría gustado pasar el resto de su vida, pero estaba en deuda con él y las cosas iban bien. Ella lo complacía y él le brindaba seguridad. Tenían poco tiempo de estar juntos, pero su relación había empezado hacía un año y medio. En ese período ella solo se había enterado de la existencia de Helen, pero ni siquiera sabía cuál era su aspecto. “Él nunca habla de ella señor inspector. No se queja de ella ni me dice si la quiere o no. Además, a mí su vida personal no me interesa. Lo que sé de él es suficiente para mí”. Estaba claro que el maldito Jack era un cofre cerrado con llave. Un ejecutivo talentoso, excelente en los negocios, repelente a cualquier contacto fraternal y audaz. La partida iba a ser muy dura. Jack había empezado con una tirada inocente, pero detrás de ella estaba todo bien organizado. Tendría que ser muy paciente y analizar con calma cada una de las posibilidades de sus hipótesis. Había por el momento un posible móvil. Jack detestaba a su mujer y la engañaba visitando un burdel. Se había enamorado de Lilia y la había apartado para su propio gusto. Helen era un obstáculo, a pesar de que Jack aseguraba que entre ella y él ya no había nada. Tenía que investigar todo sobre su relación.

No tardó mucho en saber que el matrimonio había sido por interés. Helen era ambiciosa y sabía que su futuro marido le daría el estatus que deseaba. Su condición no era de pobre, ni siquiera clasemediera, pero Jack se desenvolvía en terrenos para ella inalcanzables, fue por eso que mostró interés y pasión al principio, pero después de la boda las cosas se fueron enfriando. Helen sabía que tenía asegurado su futuro y el divorcio sería muy bien compensado. Jack rompió muy pronto la relación con sus nuevos parientes. Le parecieron demasiado tontos e insensatos. Sobre todo, la madre, Margaret, que era demasiado caprichosa y mal educada. Paul le pareció un viejo sometido a la voluntad de su arpía mujer. Había

otra cosa que despertaba el optimismo, pues se enteró de que Helen tenía un amante con quien tenía sus encuentros amorosos. Eso significaba que lo que había dicho Jack sobre las visitas de su mujer a la casa de su suegra eran una vil mentira y él lo sabía, pero había fingido ignorancia para mejorar su situación y no parecer sospechoso. El encuentro con Salvador, así se llamaba el latín lover de Helen fue poco productivo. El mulato de origen cubano le confesó que él solo le proporcionaba placer a la gélida Helen. No hablaba mucho de su vida personal y prefería que su amigo le contara cosas sobre su preciosa isla. El día que Helen había desaparecido tenían cita, pero ella no llegó. No era la primera vez. En ocasiones tenía la amabilidad de llamar y disculparse por el inconveniente, pero por lo regular no lo hacía y le compensaba con jugosas gratificaciones sus faltas. No se había preocupado en absoluto por su ausencia porque tenía otras clientas y no prescindía de la ricachona Helen. "Sabía que algún día se hartaría un poco de mí y se alejaría, inspector, por eso ni siquiera sospeché nada de su ausencia. Pensé que estaría dándose tiempo para echarme de menos un poco y volver". Ernest comprendió la situación y supuso que Helen quería evitar problemas, por eso evitaba relacionarse con alguien que la pudiera comprometer en público.

Jack se acostumbró a su nueva vida. Tenía un aspecto más tranquilo y relajado. Ya no parecía un lobo en busca de su presa y pasaba más tiempo en la cancha de tenis, en la sauna y con su amante. Se había informado sobre el inspector. Le sorprendió mucho que se hubiera retirado tan pronto del departamento de policía para trabajar por su cuenta. Lo estudió con mucho cuidado y al reconstruir su personalidad comprendió que los unían muchas cosas. Tenían un carácter muy similar y eran buenos estrategas. "Un contrincante a la altura, ¿eh? —se dijo alegre mirándose al espejo —Enhorabuena señora Margaret". El fin de semana fue muy tranquilo y dejó a Lilia con la promesa de llevarla a dar una vuelta por la playa.

Ernest King descubrió que Jack era propietario de un hermoso yate. No era muy grande, pero era una buena embarcación. Ya tenía todo el cuadro del crimen ante sus ojos. Jack había sorprendido a su esposa cuando iba a visitar a Salvador. Le dijo que podrían llegar a un acuerdo. La convenció de subir a la embarcación y en medio del mar la mató y se la tiró a los tiburones. Sin cadáver no hay delito—genial señor Jack lo ha hecho como está escrito en los manuales—. No obstante, debería saber que si hay testigos y encontramos el arma o alguna circunstancia que nos lleve a desenredar este acertijo, usted irá a la cárcel. Deme tiempo y ya lo verá.

Ernest llegó al embarcadero cuando Jack estaba preparándose para zarpar. Con él estaba Lilia que lo saludó con amabilidad. Jack supo de inmediato que el inspector ya había fisgoneado en su vida amorosa y que

sospechaba que él había tirado a su mujer en el mar.

—¿Qué lo trae por aquí inspector?

—Buenos días, Jack, No quisiera estropearle el día. Veo que está a punto de dar un agradable paseo con su amiga y no me gustaría robarle mucho tiempo. Le voy a pedir que me deje ver su yate. ¿Me permite?

—Oh, no se preocupe. Si quiere puede unirse a nosotros. Queríamos dar solo una vuelta.

—No, muchas gracias solo deseo echar un vistazo en el interior. ¿Sabe? Siempre soñé con tener uno, pero mi carrera de policía y mi sueldo jamás me lo permitieron.

—Bueno, pero ahora que lleva asuntos tan importantes, seguro que pronto estará en condiciones de adquirir uno.

—¡Que más quisiera! Lo malo es que no sé nada de navegación.

—Bueno, venga aquí y mire lo que quiera.

Ernest subió con cuidado y pidió permiso para entrar a la escotilla. Era amplia y estaba decorada con buen gusto. Tenía un diván, una estantería y una cocina muy práctica. Ernest se interesó por el mobiliario, las ventanas y las normas de seguridad. Comprobó que hubiera extintor y algunas herramientas. Cuando vio que había un hacha preguntó por su uso y si no había sido ese objeto con el que le habían dado muerte a Helen.

—Me ofende usted, inspector, puede llevársela y buscar mis huellas si lo desea. Faltaría más.

—Perdone si eso le ha ofendido, Jack. Uno como inspector se ve en situaciones muy desagradables. No, no hace falta que me la dé. Bueno, creo que le he importunado innecesariamente, así que lo mejor que puedo hacer es retirarme y desearle un buen día. Hasta pronto y que tenga un buen paseo.

El inspector se alejó. Pronto se puso en marcha “La Sirena” y se fue alejando con un ruido suave. Ernest hizo un recuento de las cosas que había visto. Se imaginó el asesinato y decidió que no era nada plausible y que faltaban cabos por atar. No excluía la posibilidad de que Helen hubiera muerto en tierra y se encontrara en otro sitio. Tenía que reconstruir el caso por otra ruta.

Jack volvió de su paseo feliz. Sabía a ciencia cierta que estaba fuera de peligro. Estaba tan emocionado que se pasó dos días en la cama de Lilia.

La sacó a pasear y le hizo regalos caros. Luego se dedicó a sus cosas y llevó un tren de vida muy activo. Había recibido un fuerte impulso para seguir con sus planes. La única molestia que tuvo que afrontar fue una acusación de su suegra. Fue citado a juicio, pero alcanzó fianza y lo dejaron en libertad con la condición de que no abandonara el país en un año. Estaba por terminarse el plazo. Jack ya tenía elegido su lugar de residencia. Se iría a una isla del caribe y pasaría allí unos años. Ya había elegido una casa y sabía qué tipo de negocios podría manejar desde su paradisiaco hogar. Lilia ya no estaba con él y sus jefes le habían permitido irse.

Una mañana de domingo pareció una noticia en el diario. Habían hallado un cadáver en alto grado de descomposición. Se encontraba enterrado entre unas rocas en la costa a una distancia considerable del embarcadero. Lo había descubierto el perro de un pescador. No se sabía a quien pertenecía el cuerpo y se había comenzado la investigación. Jack y Ernest estaban en sitios muy distintos, pero leyeron la información al mismo tiempo. Comenzó una carrera a contra reloj. Jack calculó los días que se tardarían las pesquisas y decidió que podría con facilidad esconderse. Ernest hizo un calculó con la cabeza más fría y dejó que su presa emprendiera la marcha. La cacería había comenzado.

Capítulo 11

Del veinte al veintidos

Crimen improvisado

¿Tú cómo lo escribirías, Hugo? —le pregunté para seguir el juego—. Por supuesto que de otra forma. Ya sabes que estoy en contra de todas esas niñerías de inventar personajes y mundos fantásticos. Te has pasado medio mes urdiendo los tipos de personajes, describiendo esas raras ciudades y el tipo de relaciones extravagantes de ese pueblo que solo podría haber sido creado en tu cabeza. Sí, sí, eso ya está clarísimo—le dije con sarcasmo—, pero tú ¿cómo describirías esa aventura? Mira vamos por partes— contestó frotándose las manos como si fuera a preparar algo sorprendente—Lo primero sería narrar un caso que fuera creíble. Después, contarlo como si hubiera ocurrido en nuestra época. Luego, le quitaría toda esa palabrería y nombres extraños. No usaría nombres extravagantes como Atreiuf o Mangadenia y tonterías de ese tipo. Por último, haría descripciones de un realismo tal que el lector creyera que lo que cuento ha sucedido de verdad.

¡De acuerdo! ¡Venga!!Dame un ejemplo! —le dije riéndome como si lo retara a que hiciera lujo de ingenio—. Oye, eso no es tan sencillo. Tú te has gastado todo un mes en balde ¿y me pides que en unos minutos te monte una historia? Lo voy a hacer solo para que de una vez por todas entiendas que estás mal del coco. Pon atención y, si te entra alguna duda o tienes una pregunta por algo que no entienda tu cabeza de chorlito, interrúmpeme y te lo explico, ¿de acuerdo? —Le dije que sí y comenzó a contar la siguiente historia.

Imagina que se encuentran dos hombres. Uno es muy escéptico y el otro fantasioso. Empiezan a discutir sobre la narrativa y saben que el agnóstico irá creando un cuento. Va improvisando todo para demostrarle a su compañero que es mucho mejor narrador. Están sentados en una cafetería y deciden salir. Afuera hace frío y la temperatura comienza a bajar poco a poco. Deciden ir a un parque que está cerca de allí. Caminan despacio. Uno de ellos se pone el capuchón y escucha con atención lo que le cuenta su interlocutor. Las personas que pasean por el parque se van haciendo menos. Hay un lago a un kilómetro de allí. Deciden ir hacía allí. En la historia hay un criminal que se llama Joseph o como quieras, un nombre bastante real, y hay una víctima a la que por el momento no conocemos. Lo único que nos cuenta el narrador es que hay un buen móvil para el asesinato. No, no se trata de un chantaje, ni de dinero, tampoco de una secta odiosa. Por cierto, creo que ese recurso es de tontos y, por desgracia, aparece en muchas novelas modernas. Al carajo con todo eso. Una buena historia debe tener un mínimo de sospechosos. El crimen debe ser simple, pero la intriga y la estructura de la historia son

lo mejor. Continuando con estos dos tipos. Se alejan. Van caminando sin sospechar que entre más avanzan, más se meten en ese túnel del homicidio del que saldrán completamente transformados. Será una gran metamorfosis.

No está nada mal el inicio— le comenté a Hugo, pero el me indicó que, si no tenía preguntas, no hablara. Luego continuó—. Hay unos árboles que se balancean por el aíre que comienza a soplar gélido. Es un presagio de lo trágico, algo va a suceder, de pronto se hace presente ese silencio que antecede a los lamentables sucesos. Cada vez la atmósfera es más triste. El color de la hierba, las hojas de los árboles y el cielo son opacos. Parece que el brillo de la vida se pierde para darle paso al terror.

Hugo se quedó un momento callado y empezó a buscar algo. Su mirada era la de un zorro que va en busca de su presa. Olfateo el aire y después prosiguió: "Como en un buen caso policial debe haber pocos sospechosos y, mejor aún, dos o tres personas para crear un embrollo difícil de aclarar. Imaginemos un trío, si uno muere los dos que le sobreviven serán los sospechosos y el acertijo deberá ser genial para que el lector no pueda decidir. Es importante dejar muchos huecos y hacer que se sienta afecto por los personajes o, más aún, hacer que el malo sea inocente y el bueno culpable. No, no, creo que ya he logrado la perfección. En este caso serán solo dos. La víctima y el asesino. No estarás hablando en serio, ¿verdad? —le pregunté ya bastante preocupado porque ya nos habíamos alejado mucho y empezaba a oscurecer—. ¡Cómo te atreves a dudar! —gritó muy enfadado—. Por supuesto que voy en serio. Mira, allá hay un lugar perfecto.

Caminamos en silencio hacia un sitio de la orilla del lago que tenía unos matorrales y un árbol muy alto. Vi a Hugo mirando a izquierda y derecha. Me dijo que estaba midiendo las distancias entre uno y otro de los extremos del lago. Serán unos ciento cincuenta metros—dijo muy concentrado—. Un nadador bueno, lo cruzaría en diez minutos sin problema. Pero yo no sé nadar—le comenté muy bajo y con temblor en las palabras—. Ni loco me metería, además hace un frío terrible. Hugo me miró con astucia. ¿Qué harías si tuvieras que nadarlo por miedo a que te asesinarán? No lo haría ni en ese caso—le contesté de mal humor—. Y creo que en realidad solo estás ganando tiempo porque no has dicho nada que merezca la pena. No hay un móvil en tu historia, ¿Cuál es el conflicto? No veo ni el chantaje, ni el odio, ni el adulterio, ni un recuerdo del pasado que sirviera de venganza. Veo que ya lo vas pillando, querido Mario—me contestó con una sonrisa macabra y le pedí que me lo explicara—. Es muy simple. Las dos personas que están en ese lago saben a la perfección que uno de ellos debe quedarse. Ahogado, desmayado, inconsciente, encaprichado o en algún otro estado que no le permita volver con su compañero. Pero ¿en dónde está el meollo del asunto? ¿De qué sirve esas tonterías? No has demostrado nada y ni aceptas mis historias ni eres capaz de crear una. No vayas tan rápido, querido amigo, porque si lo

piensas un poco sí que hay un móvil. ¿Te acuerdas que cuando éramos pequeños siempre nos peleábamos y un día te empecé a golpear la cabeza contra la tierra y tu cara quedó llena de lodo? ¿Recuerdas lo que me dijiste en aquella ocasión?

Sí lo recordaba y era una de esas cosas que siempre me había llevado a contradecir a Hugo. Era como la semilla de algo que no ves, pero está allí muy enterrado y en ocasiones remueve el interior. En efecto había prometido que, si algún día tenía la oportunidad de vengarme, lo haría sin tentarme el corazón. Ahora las condiciones eran otras. Hugo era más delgado que yo y no estaba tan fuerte. De pronto, empecé a recordar todas esas ocasiones en que me ridiculizaba frente a los demás. Lo peor no fue lo del la cara rasguñada y llena de lodo, lo imperdonable fue que me habían orinado todos por iniciativa de Hugo. Jamás dejó de llamarme marica. Solo los años hicieron que los chicos del barrio nos dispersáramos e hiciéramos nuestras vidas. A mí se me olvidó todo, hice de tripas corazón y acepté al Hugo ya serio y hasta cordial. No pensé que e ese momento fuera a ser poseído por una fuerza negativa. Y según tú, ¿cómo sería ese estúpido crimen que estás inventando? Se rio con burla y me dijo que ya lo iba entendiendo.

Pues el móvil son esos recuerdos de las humillaciones que sufriste en la infancia. El rencor debería ser tan grande que te abalanzarías sobre mí, me torcerías el cuello y me dejarías allí entre esas hierbas para que al congelarse el agua mi cuerpo quedara como si hubiera sufrido una caída y me hubiera ahogado. Lo malo es que te faltaría valor para hacerlo porque eres un marica. Esa actitud y, sobre todo la palabra que había ensombrecido mi infancia, me hicieron perder el control Hugo se rio cuando me vio enrojecer, dijo que jamás sería capaz de hacerlo. Empezó a provocarme y señaló a todas partes diciendo que no había testigos, que todo saldría con un cálculo milimétrico, que nadie nos había visto en ese sitio y que nadie sospecharía de mí, que éramos los mejores amigos del mundo y que mi cuartada sería decir que después de salir de la cafetería nos habíamos separado, yo había ido a pasear al centro y él se había ido al lago y allí había tenido un accidente. Sonó muy lógico. El maldito Hugo lo había logrado. Me había demostrado con gran maestría que sí era mejor que yo en la narrativa y que sus historias eran muy buenas. El haber perdido de nuevo me impulsó a cogerlo del cuello y tirarlo al agua. Sé que es despreciable lo que hice, pero se puede decir que fui inducido por él. Él fue quien cometió el crimen intelectual, yo solo seguí sus instrucciones. Tal vez eso esperaba de mí, quizás fue una forma de disculparse por el mal que me hizo, pero ¿cómo le explico eso a la policía si me pide explicaciones? Lo peor es que hasta la coartada me dio y ahora tendré que vivir con esa carga.

Capítulo 12

Del veintitrés al veinticinco

Confesión

Estaba buscando la tienda de relojes cuando vi, reflejada en un cristal, la imagen de Laura. Ya me había reconocido y venía hacia mí. Nos saludamos muy cordialmente y empezamos a hablar. Ella estaba buscando unos zapatos. Me ofrecí a acompañarla y darle mi visto bueno. En lo que encontramos el modelo que le gustaba pudimos contarnos algunas cosas. No nos habíamos visto casi un año y la situación entonces no fue muy cómoda. Ahora era diferente porque el tiempo se había ocupado de dispersar ese sentimiento triste por la pérdida de un familiar. Ella también me ayudó a escoger el reloj que le iban a regalar mis compañeros de la empresa al jefe del departamento de publicidad. Llevaba trabajando allí casi cinco años y me había ganado la confianza de los empleados. Laura me pareció un poco triste y preocupada. A pesar de tener una buena situación económica, parecía que la vida no le satisfacía. Pensé que la causa sería el desagradable caso que la hizo salir en la prensa. Intuí que no debía tocar el tema, ya que eso me metería en embrollos. Le pregunté por Ramiro. Me dijo que estaba bien, que en el trabajo le habían dado un ascenso y que no podía superar todavía la tragedia. Nos quedamos parados en medio de un pasillo y creí que era un buen momento para la despedida, sin embargo, ella me detuvo y me pidió que almorzáramos juntos.

Nos habíamos conocido en la universidad. Unos amigos me la habían presentado en una fiesta y al principio quise ligar con ella. Teníamos química, pero ella estaba con otro chico y no quiso crear un conflicto. Luego se separó de él, pero ya me había comprometido con Cristina y de nuevo se frustró nuestra posible relación, así que quedamos como amigos. Más tarde ella conoció a Ramiro y se casó. Su matrimonio iba bien hasta que sucedió el percance. Fui pensando en lo que debía decirle para evitar que la conversación se relacionara con su vida conyugal. Pensé que lo más apropiado sería elegir un tema relacionado con los espectáculos y así podría monopolizar la charla. Llegamos a un restaurante de comida italiana y nos pedimos unas pizzas con vino. Le comenté sobre algunos proyectos de mi trabajo y pasé a los temas culturales, quería contarle sobre el libro que estaba leyendo, pero ella me interrumpió.

—Patricio, ¿sabes que llevo una carga que me está matando? —Lo inesperado de la frase me dejó en una situación difícil y traté de armarme de valor, ya que sabía lo que vendría pronto.

—Sí, Laura, me imagino que la pérdida de Dieguito te sigue pesando mucho, pero, mujer, la vida debe continuar. Eso pasó y no hay forma de

volver atrás.

—Sí, Patricio. Lo entiendo a la perfección, pero esto va más allá. Es un remordimiento de conciencia que crece con rapidez y me está matando—. La miré con atención y descubrí que su rostro estaba muy demacrado y que a la luz del día el maquillaje lograba disimular sus ojeras y arrugas, pero en un interior destacaban mucho.

—Bueno, y ¿qué es eso que te quita el sueño?

—No te lo puedo contar aquí. Lo siento, pero si fueras tan amable de acompañarme a un lugar menos concurrido, te lo podría decir.

—De acuerdo, y ¿a dónde podríamos ir?

—Cerca de aquí hay un parque. Podríamos buscar una banca alejada de la gente y allí te lo comentaré todo.

Mi cabeza estaba echa un embrollo. No lograba adivinar lo que quería comentarme Laura. Traté de liberar la tensión haciéndole alguna broma o contándole sobre las ultimas metidas de pata de los políticos. De nada sirvió. Tenía un aspecto fúnebre, me la imaginé como a un preso que va a recibir su pena de muerte. Sus ojos estaban a punto de soltar las lágrimas y sus labios estaban tensos. Me callé y esperé a que eligiera el lugar apropiado para hacerme su revelación. Eran las cuatro de la tarde y muchos paseantes caminaban tranquilos por allí. Había parejas besándose, ancianos con sus perros y algunas madres con sus cochecitos dándole el biberón o el chupete a sus peques para que se callaran. Vimos una banca alejada y decidimos sentarnos allí.

Comprobé que no hubiera polvo en el asiento y el respaldo y me senté. Laura se dejó caer. Puso el bolso a su lado, se acomodó el vestido, exhaló por el cansancio y se inclinó un poco. Permaneció unos minutos así. No me atreví a romper el silencio porque ella estaba concentrada. Seguramente quería ordenar sus ideas para comenzar a hablar. Esperé tratando de ocultar mi nerviosismo, pero me delataron las manos, que inquietas se retorcían y entrelazaban. Miré hacia el frente y centré mi atención en la gente, los árboles y algunas flores.

—¿Recuerdas cómo sucedió todo? —me preguntó con voz tensa.

—Claro que lo recuerdo. Lo pusieron en todos los periódicos. Fue una tragedia horrible, pero ¿para qué te mortificas con despertar ese recuerdo? Entiendo que es muy doloroso, pero hay que dejar que la vida siga, no puedes estar atada a ese percance por toda la vida…—me interrumpió mirándome con dolor.

— Es que las cosas no fueron así —Me cogió de la mano e hizo una larga pausa. Temblaba y estaba muy fría—. Toda esa historia es una patraña.

—¿A qué te refieres? Sé más clara, no lo entiendo.

—Quiero decir que las cosas no fueron así. En realidad, todo fue de otra manera.

—Y, entonces, ¿cómo sucedió?

—Te pido, por favor, que por ningún motivo le cuentes esto a nadie. ¡Prométemelo! —le cogí las manos y la miré con sinceridad. Ella sabía que podía confiar en mí—. !Prométeme, que pase lo que pase, no se lo contarás a nadie!

—Te lo juro. Puedes confiar en mí, ya sabes que desde siempre he guardado todos tus secretos.

—Bueno, escucha con atención y no me juzgues. Tenía que hacerlo así y ahora me arrepiento. Esta carga me va a matar y hasta ahora lo he soportado en soledad. Te lo contaré porque sé que eres más fiable que cualquiera de mis conocidas, incluso más que mis familiares—. Asentí con la cabeza y dejé que tomara valor para lo que me iba a decir. Estaba claro que era algo terrible y la primera suposición fue que se separaría de Ramiro, pero eso no era tan grave, después me preparé porque si se trataba de la muerte de su hijo adoptivo, eso sería muy duro y no sabía si tendría la cordura suficiente para tranquilizarla.

—Pues, díme lo que sea, te prometo que seré como una tumba.

—En los periódicos salió la noticia de que unos desconocidos se habían metido a mi casa para asaltar y que al resistirme me golpearon, luego el pequeño Dieguito había salido en mi ayuda y lo habían golpeado muy fuerte…

—Sí, eso fue desastroso y lo que vino después me pareció horrible. Todas esas sospechas, interrogatorios. Ramiro estaba deshecho por completo.

—Es verdad. La cosa fue muy mal y nos dejó muy afectados, pero es que hasta ahora nadie sabe al cien por ciento la verdad.

—¿La verdad? ¿A qué te refieres?

—Es que las cosas no sucedieron así. Le mentí a la policía.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿No se había aclarado ya? ¿Te han citado para

abrir de nuevo el juicio?

—No, no de ninguna manera es que todo fue culpa mía.

—Oye, no te culpes por algo que fue circunstancial, nadie sabía que eso iba a suceder. Fue el destino y sigues aquí.

—No, déjame contarte la verdad. Es que yo lo organicé todo —Sus palabras me desconcertaron mucho. Primero, creí que estaba alterada por el sentimiento de culpa, pero después su cara cambió y empezó a confesarme que ella era la culpable de verdad—. Tú sabes que cuando conocí a Ramiro no sabía que había adoptado un hijo y que el niño estaba con su ex esposa. Luego, me enamoré de verdad. Tenía la ilusión de formar una familia. Lo visualicé como si fuera una realidad en la que pronto viviría. Las primeras semanas, cuando no sabía nada de su vida pasada me dejé llevar por él. El enamoramiento me tenía embobada. Disfrutaba cada momento, él era muy cariñoso y amable y decidí que era el hombre perfecto. Seriamos felices con su posición social, una casa propia y nuestros hijos. Me pidió que nos casáramos y lo acepté sin dudarlo, pero después de la Luna de Miel comenzaron las sorpresas. Llegó su mujer Carolina y le dijo que se iba a trabajar al extranjero, que no se podía llevar al niño mientras no se acomodara en un piso y se afianzara en su nuevo empleo. Me miró con odio y me gritó en mi cara que no era ni la mitad de ella, que era muy poca cosa para Ramiro y que él me dejaría en cuanto conociera otra mujer más guapa. Esa maldición estropeó todo lo que tenía hasta ese momento — Tuve la intención de interrumpirla, pero me pidió que esperara hasta que ella terminara—. El niño, ya lo sabes, tenía un carácter difícil. No lo podía controlar, era demasiado rebelde y no me escuchaba en absoluto. Ramiro se la pasaba trabajando y dejó de ser amable, me llegó a gritar por no controlar a su hijo. Le propuse que se negara a la adopción, que dijera que el chico era problemático, pero se enfureció y comenzó a gritarme. Después, con más calma, me explicó que pronto su esposa se lo llevaría y que haríamos nuestra vida juntos como lo habíamos acordado al principio de nuestra relación. Lo malo es que pasó mucho tiempo. Se me fue colmando la paciencia y esa eterna espera comenzó a desquiciarme. Cada vez que brillaba la esperanza de que se fuera Diego, su madre nos daba más largas por percances e imprevistos que se inventaba. Cuando ya lo vi todo perdido, tomé la decisión.

—Pero, ¿cómo es posible? Si se veían muy bien. Hacen una perfecta pareja. La gente siempre comentaba que parecían unos jóvenes enamorados.

—Pues, era solo la apariencia. En la casa todo iba mal y cada vez peor. Diego era muy indisciplinado, me escupía a la cara y me amenazaba con contárselo todo a Ramiro. Me harté de la situación porque Ramiro solo me decía que fuera tolerante, que el pobre niño había estado en un orfanato y

que tenía sus traumas. Lo peor fue cuando le puse el ultimátum. Se lo tomó a broma y dijo que tuviera paciencia. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Elaboré mi plan y cambié. Me hice más cariñosa, dejé de meterme con Diego y le permití que viviera a sus anchas. Todo cambió y Ramiro mordió el anzuelo. Aproveché todas las ocasiones que tuve para que la gente pensar a que nuestra relación era perfecta. Cuando las cosas se acomodaron de la forma que yo quería, me decidí.

—Bueno, entonces tu plan si compuso la situación y lo que pasó, pues fue cosa del destino. Eso quiere decir que tu relación irá bien y, al final, podrás realizar lo que deseabas. Lástima por el niño, pero seguro que Dios lo tendrá en su santa gloria.

—No, no me entiendes. Lo que pasa es que yo organicé el crimen.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Sí, te he pedido que me oigas porque ya no soporto la carga. Es demasiado para mí. No es fácil llevar una cruz tan pesada. Mira, cuando supe que había unos tipos que componían tejados y que eran extranjeros, se me ocurrió la idea de fingir un asalto. Ramiro tenía bastante dinero en la caja fuerte y yo sabía la combinación. Les propuse mi plan y les pareció mucho dinero el que les ofrecía. Al principio pensamos que sería suficiente con una paliza al niño, pero luego lo pensé mejor y decidí que tenía que cambiarlo todo de tajo.

—Pero, no me vas a decir que tú y esos hombres…

—Pues, así fue. Les dije que llegaran a la hora en que había menos vecinos en sus casas, que actuaran como si fueran a hacer un trabajo por encargo y después actuaran rápido. Me golpearon de verdad y me rompieron la ropa, me hicieron abrir la caja fuerte y me amenazaron con una pistola, después actué como si quisiera huir, se pusieron violentos y nos amenazaron. Todo quedó grabado en las cámaras. Diego se puso agresivo y lo mataron. Luego se fueron. Llamé a la ambulancia y a la policía. Lo demás ya lo sabes.

Me dejó impresionado la confesión. No sabía cómo actuar y sentía un nudo en el estómago. Una mezcla de asco y pena me recorría el cuerpo. Tenía el rostro desfigurado y me quedé mirando el suelo. Laura se levantó, me pasó la mano por el pelo y me recordó que le había prometido guardar el secreto. No sé cuánto tiempo permanecí allí sentado. No vi cómo se fue Laura y después empecé a caminar sin rumbo. No era necesario volver a la oficina, por eso me fui a mi casa y traté de distraerme con algo. Empecé a leer, pero el libro no lograba sacarme de mis pensamientos, salí a correr un poco, pero el ejercicio no funcionó. Me senté a oír música y vi programas de todo tipo en la tele, pero no les puse atención. A las doce de la noche me metí a la cama. No dormí bien y me

presenté en la oficina con el regalo del jefe. El festejo fue habitual, se hicieron las felicitaciones de siempre, se puso la mesa para agasajar a los empleados, y se anunció que a las tres de la tarde se suspendían las labores para que la gente se pudiera tomar una copa de vino. Entablé conversación con mis compañeros de trabajo y hablamos de cosas sin importancia. Rocío nos comentó sus progresos en el baile, Daniel comentó que se iba de vacaciones a la Patagonia y cuando me llegó el momento no supe qué decir. Me disculpé y me fui a mi casa.

Traté de tomar el asunto con calma. Si bien era cierto que la conciencia moral me instaba a hacer una denuncia a la policía, mi razón se esforzaba en demostrar que la situación era justa. Era inmoral mi razonamiento porque, como dicen, una muerte es una tragedia, y lo era, pero Laura fue engañada. Ramiro la sometió a vivir en un infierno, tuvo un momento de locura provocada por las circunstancias y actuó como cualquiera lo hubiera hecho. En ese momento me centré en la situación y me pregunté si yo lo hubiera hecho, o si Patricia o Carolina lo hubieran soportado. No, la naturaleza femenina era diferente. Ellas necesitan tener seguridad en la vida. Económica, sentimental, física o de cualquier otro tipo, es seguridad era fundamental para una mujer, pero el asesinato es peor que todo. Nada podía justificarlo. Fuera quien fuera Dieguito, no merecía que lo hubieran matado y sobre todo por la frustración de una mujer. No me quedó otra salida más que la de ir a la policía y hacer la denuncia. Sabía que me lo preguntarían, que tendría que firmar mi declaración y fungir como testigo en el nuevo caso que se abriría en cuanto se supiera la verdad. Laura me condenaría, Ramiro me llamaría embustero y la gente me vería como un salvador y, al mismo tiempo, como un traidor sin palabra de honor.

Lo estuve barajando unos días. La decisión me parecía muy difícil y creía que una persona con sentido común ni siquiera se lo pensaría. Cuando finalmente me decidí, pedí el día en la oficina. Ordené mis ideas y me puse un traje limpio. Cuando iba en dirección a la comisaría me detuve a comprar el diario. Lo que vi me causó tanta impresión que estuve a punto de orinarme en los pantalones. Vi la foto de Laura. El titular decía que se había suicidado. Empecé a leer y me dio rabia el comentario del reportero que especulaba con dos hipótesis: el remordimiento de conciencia y la infelicidad. Decidí irme a la oficina. En mi casa me habría reprochado todas las estupideces que habían pasado por mi cabeza durante esos días. En mi despacho sonó el teléfono. Era Ramiro.

Capítulo 13

Del veintiséis al veintiocho

Ucronía de Paco

El sueño es milagroso. Bendita sea aquella frase que dice todo el mundo: "Consúltalo con la almohada". Vaya que me ha dado resultado. Apenas ayer estaba rompiéndome la cabeza con todos mis problemas y hoy estoy con un ánimo increíble. Eso de que tu cerebro trabaja mientras tu descansas, es verdad. Por fin lo he comprobado. En todos esos libros de autoayuda que encuentras en Internet te describen el funcionamiento de la máquina más evolucionada del universo. ¿Cuántos millones de años fueron necesarios para crear un sistema tan complejo? Pues desde que dios tiene uso de razón. No, ya en serio. Te quiero contar lo que he pensado para solucionar todos los problemas. ¡Que loco estás, Paco! Espera y no me juzgues. Bueno, pero dime ¿a qué te refieres? ¡Explícamelo! Pues a que voy a darle la vuelta a la tortilla. Pero, ¿no habías dicho que no ibas a ceder? Pues, no tiene nada de malo recapacitar, ¿no? ¿No les pasa a todas las personas? Escucha, es un plan perfecto.

Al principio, lo más importante, Carmela. No le voy a decir que deje a su novio. Me he pasado todo el año tratando de demostrarle que su Pedrito es un gañán, pero el resultado ha sido nulo, sin embargo, he ideado una súper estrategia. Le voy a decir que está bien. Me rindo que salga con él el tiempo que quiera. Es más, le voy a proponer que se lo traiga a vivir a la casa. ¿Estás loco? No, claro que no. Eso ya lo hablamos toda la noche y no me interrumpas porque se me va la olla y luego empiezo a decir tonterías. Bueno, el caso es que, si nos traemos al Pedro, mi mujer no va a saber qué hacer. ¡Se va a quedar tan sorprendida que dejará de moler con sus reclamos y sus peroratas de…"!No entiendes a tu hija! ¡Recapacita, por dios! ¿No sabes que ya está en edad de merecer?". Pues, sí. ¡Venga! ¡Merece eso y más! Lo que no sabe Marga es que a los tres días ya estará deseando que se largue de aquí. Y ¿eso por qué? No me salgas con eso, ¿acaso no lo entiendes? ¿No te das cuenta de que son incompatibles? Además, Armando se va a poner como un toro de lidia. Ya sabes que no lo traga y se va a encargar de que la vida en la casa sea un infierno para él. ¿Te acuerdas cuando leímos a Sartre? ¡Ah! ¡Pillín! ¿Te refieres al libraco "A puerta cerrada"? Claro ¿Recuerdas que nos encantó eso de que el infierno son los otros? Por supuesto que sí, pero y ¿cómo vas a soportarlo tú? Pues con dos remedios, hago de tripas corazón y me lavo las manos. Pero tu casa será el caos. Vas a confrontar a tu familia. ¿Y eso qué? Llevo mucho tiempo tratando de mantener la paz y la buena voluntad y ¿cuál ha sido el resultado? Sí, sí, ahora caigo. Oye, ¿Y Luciano? Bien que lo mencionas. Mira, voy a decirle que estoy de acuerdo en que deje los estudios y que haga lo que quiera. Eso no me gusta nada, vas a

perder toda la autoridad y te van a mangonear todos. No, no lo has entendido. Ya sabes que, si les impones cosas a mis hijos, lo primero que hacen es llevar la contraria. Lo que quiero es que se meta a trabajar y se mantenga solo. Ya estás grandecito, le diré. Búscate la vida solo. De mi bolsillo no saldrá ni un solo quinto para ti. Creo, sinceramente, que eso va a ser el acabose, la verdad. Te lo digo porque se va a ir con sus amigotes y se echará a perder. Pues me importa un comino. Ya estoy cansado de echarles sermones inútiles. ¡Que prueben la vida! ¡Ya es hora de que se rasquen con sus propias uñas!

—Hola, buenos días, papá. ¿Qué tal has dormido? —Oye, Paco. ¿Qué le habrá pasado a la Carmen? Si nunca te da los buenos días. No lo sé. Está rarísima. Bueno, contéstale. No te quedes como tonto.

—Hola, hija. Bien, he descansado muy bien y ¿tú?

—También. ¿Quieres que te prepare el desayuno? —Me lleva la reverenda…Oye, ¿no les habrá pasado en la noche lo mismo que a ti? Pues, seguro que sí. A lo mejor, ayer hubo un fenómeno galáctico o algo así. Tendremos que buscar en el Internet al rato.

—Bueno, Carmelita. ¿Serías tan amable?

—Por supuesto que sí. ¿Quieres unos huevos con jamón y frijolitos?

—Sí, hija. Eres un amor.

—Los hago en seguida. Oye, papá ¿y el café con leche?

—Sí, hija, gracias.

La verdad no lo entiendo. Ayer juró y perjuró que dejaría de hablarte toda la vida y…Mírala. Tan hacendosa y amable. Creo que no es la primera ni la última sorpresa del día. Mira, allí viene tu mujer. !Está irreconocible! Hasta parece que en la noche perdió diez kilos. Se ve como hace veinte años. ¡Qué barbaridad! Solo falta que me dé un beso y me planche la camisa para ir al trabajo. Sí, ya viene para acá. Mírala cómo se acerca y se ha peinado. Sí, ahora sí que tendremos que buscar lo de la alineación de los planetas.

—Hola amor, ¿qué tal dormiste?

—Bien, muy bien y ¿tú? —¿Cuándo fue la última vez que te dijo Amor? Ya ni me acuerdo. Por lo regular no me habla en las mañanas y los saludos se terminaron hace un montón de tiempo.

—Cielo, he estado pensando en Luciano. Al final, estaría bien costearle la carrera de Derecho. ¿Quieres que se lo comentemos en el desayuno? ¿Se

lo digo yo? ¿Prefieres hacerlo tú? —Esto sí que es surrealismo. ¿Cómo va a estudiar Luciano en la universidad si ni siquiera terminó la secundaria? Pues, ya ve aceptando que este día será de locos. Mira, ahí viene Luciano. Pero ese no es Luciano. Mi hijo lleva barba y no usa pijama. ¡Ah caray! Y ¿ese peinado? Ya no entiendo nada, ¿y tú? Yo tampoco.

—Hola, papá. Dice mi madre que quieren hablar conmigo…

—Sí, Luciano, es sobre lo de los estudios —Oye ¿te vas a atrever a hacerlo? Mira que te vas a endeudar y las cosas con esta pandemia no están nada seguras. ¿Qué tal si mañana hacen recortes en la empresa? Ya ves que todo mundo ha puesto sus barbas a remojar, No es un momento para afrontar esos compromisos. Sí, sí, ya lo sé. Pero ¿no has oído que Marga ha dicho que sí? ¿Y de dónde piensa que sacarás el dinero? No lo sé. Se lo voy a insinuar en el desayuno.

—Gracias, papá. No sabes qué alegría me da.

—Sí, sí, ahora te lo explico con tu madre. Vamos a la mesa, que Carmelita ya nos tiene el desayuno preparado—. !Qué locura! Ya te veo con tu cara de ridículo, explicándoles a todos de dónde vas a sacar la lana para la cerrera de tu hijo. Pero ¿qué puedo hacer? Esto es realmente un milagro. Bueno, ya están todos sentados. Te miran con ojos interrogativos. No te puedes quedar callado. Habla, di algo. Comienza por Armando que apenas se está despabilando.

—Bueno, Armando, ¿qué tal has pasado la noche?

—No he dormido mucho, papá. He tenido que hacer el proyecto de la universidad y, para serte sincero, te diré que me eché un sueñito de cuatro a siete.

—Es muy poco, hijo. Te vas a acabar así—. ¿Qué te parece su aspecto? Está cambiadísimo. No es el de siempre. ¿Ya no hace físico-culturismo? No lo entiendo, la verdad. ¿No te parece que es un día muy extraño? Y que lo digas. Bien, piensa rápido y echa ya el sermón.

—Y ¿qué pasa con lo de Luciano, Amor?

—A sí, quería decirte, hijo, que empieces con los trámites para lo de tu carrera. Olvida todo lo que dije antes y adelante.

Oye, eso no era lo que tenías que decir. ¿Por qué te miran así? Calla y deja que sean ellos quienes te lo digan. Además, ya te tienes que ir a trabajar.

—Oye, papá. Parece que hoy te has confundido en todo. Ya nos preocupa un poco esto. Es que no es la primera vez. Suele pasarte, pero no te

preocupes. Ya sabemos que es pasajero. Será mejor que llames al trabajo y pidas el día. Te hará muy bien.

—No, no, Carmelita. Es que tengo tantas cosas en la cabeza que me embrollo y luego salgo con estas cosas. Por cierto, ¿ya está lista mi ropa?

—¿Ves lo que te digo, Amor? Te preparé todo ayer por la noche. Sube al dormitorio y ahí lo verás doblado en la silla. Mira, en mi opinión deberías pedirte el día. Anímate y nos vamos a dar una vuelta por allí.

Joder, Paco, ¿qué quiere decir con eso? ¿No será que le está haciendo daño la menopausia? Ni idea. Será mejor que ponga pies en polvorosa.

—Gracias, Cielo, te lo agradezco mucho. Iría con todo gusto, pero hoy tenemos una reunión importante en la oficina. Mejor, me arreglo y el fin de semana salimos a donde quieras—. Oye, seguro que ahora te va a echar la bronca de siempre. Prepárate, Nunca vas a aprender, ¿querido Paquito?

—Está bien cariño. Entonces el sábado vamos al teatro.

—Sí, Corazón, por supuesto y ahora, si me perdonan…

¡Qué lío! Todo está patas arriba. Oye, ¿y si en el trabajo pasa lo mismo? ¿qué vas a hacer? Cómo que qué voy a hacer, pues encerrarme en mi despacho y no hablar con nadie. Sí, creo que será lo mejor. Bueno, pues vámonos, parece que tu chofer ya está allí abajo. ¿El chófer? Que, ¿me vas a decir que no te acuerdas? La verdad es que no. Ya estamos.

—Buenos días señor Francisco.

—Buenos días, ¿qué tal todo?

—Pues, como siempre. Con un poco más de frío, pero sin novedades.

—Bien, pues vámonos ya.

No recuerdo que este asiento fuera tan cómodo. Mira, ¿ese es el nuevo centro comercial? No ese ya lleva varios años. El nuevo está más adelante. ¡Qué memoria la mía!

—Hemos llegado señor. Su secretaria lo está esperando en el lobby.

—Gracias, Jaime, eres muy amable. Hasta la tarde.

Me parece que no se llama así el chófer, ¿no era Casimiro? Mejor ni me preguntes y mejor aconséjame para enfrentar a la secre. Ella sin duda es Laura, tú le dices Laurita, así que suave y con mano izquierda. Mira, allí

está. Más guapa que la vez pasada. Sí, ahora entiendo todo eso de que las secretarias son las amantes de sus jefes. Ojalá en nuestro caso fuera así, ¿no crees? Sí ¡Mira nada más que mujer!

—Francisco, tienes que bajar a la sala de reuniones. Aquí está el informe. No necesitas decir nada. Solo clausuras el evento y les dices que la resolución ya fue aprobada por los accionistas de la empresa.

Preparémonos para lo que viene. Te pido que no te vayas de la lengua y no me obligues a decir alguna estupidez. Llegamos, nos sentamos, oímos las participaciones, les damos las instrucciones y cerramos la reunión. Sí, de acuerdo. ¡Aja! Ahí están todos sentados. No tienen buena cara. Saluda y siéntate. No ha sido nada cordial el recibimiento. Que suerte que no te toca hablar. ¿Quiénes son todos estos tipejos y ¿por qué nos exigen tantas cosas? No han parado de quejarse y ya me están llegando a los aparejos. Yo no tomé la decisión. Si hay recortes, pues no es culpa mía. Váyanse todos al diablo. Oye, no es justo. ¿Qué no has oído lo que dicen? Pobre gente, se han dejado la vida aquí y ahora de patitas a la calle. Oye, no es mi problema. Me dijo Laura que leyera solo el informe y que se las arreglen como puedan. ¡No tienes sangre en las venas! ¡Cobarde! Pero, ¿qué te pasa? Tranquilo, todo saldrá bien, este no es nuestro problema. ¡Qué poco sentido humano tienes, joder! Ya, cállate y espera. Esto ya se va a acabar. ¿Lo ves? Bueno, haz la lectura y vámonos. No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza. Ni siquiera pusiste atención en el contenido del informe. Lo leíste como si estuvieras anunciando los puntos de una reunión. Nadie te lo va a perdonar. Ahora, vive con eso para siempre. ¿Viste la cara de Mauro, la de Luis, la de Carolina? Ni siquiera te dignaste verlos. ¡Qué poco hombre eres! Te ordeno que pares. Ya es suficiente. Todavía nos queda el día por delante y lo único que haces es estropearlo más. Ya, por favor, para y cállate.

Gracias por haberme dejado pasar el día sin tu compañía. He terminado el trabajo, ¡Qué alivio! Pues, vámonos a la casa. Cenamos, vemos un rato la tele y hasta mañana. La verdad no sé cómo te sientas tú, pero a mi me está remordiendo mucho la conciencia. ¿Qué le vas a decir a tu familia? Oye, eso no es asunto tuyo. ¡Ah! No me vengas con esas cosas ¿Y lo demás? ¿Ya no te acuerdas de todos los consejos que te he dado? Te he soportado toda una vida y ahora me sales con que eso no es de mi incumbencia. Ya, ya está bien, cálmate. Hacemos las paces y listo. Está bien.

¿Cuándo va a venir ese Jaime? ¿No quedamos en que es Casimiro? ¡Sí, es verdad! Bueno, ¿dónde estará ese Casimiro? No lo sé. Ya llevamos una hora esperándolo y no viene. Llámale por teléfono. Pero no sé su número. Pues mira en el móvil. ¡Que raro! ¡Aquí no hay nada! No está el de la casa, ni el de Marga, ni el de Carmelita, ni el de nadie. ¿Sabes qué presiento? No, no lo digas, por favor. ¿Por qué no? Esto ya es demasiado, es la quinta vez que nos pasa. Sí, tienes razón. Es la quinta vez que

despertamos de nuestro sueño en el sitio incorrecto. ¿Y ahora qué? Nada. Tenemos que apechugarlo. Volvemos a nuestra realidad. Me lleva la que me trajo. ¿Qué es eso que tienes en el bolsillo? ¿Esto? Sí, sí, eso. No sé, a ver, a ver…!Ay! ¡Carajo! ¡Es la carta de dimisión que nos hicieron firmar en la empresa! O sea que…Sí, eso exactamente. ¡Qué pena, la verdad! ¿Y ahora qué? No lo sé. Supongo que tendremos que seguir perreando. Sí, maldita la hora en que nos recortaron. Ya lo decía yo, esto no podía ser real. Otra vez esta maldita confusión. Si las cosas siguen así y no se termina este confinamiento. Me voy a volver loco de verdad.

Capítulo 14

Del veintiocho al treinta

Crimen cinematográfico

Estaba feliz porque los planes para hacer mi tercera película iban viento en popa. El guión me lo había escrito un famoso de Hollywood. Nos habíamos conocido en una exposición de pintura surrealista. Entablamos conversación cuando mirábamos "La obscenidad del espectador". Era una obra realmente interesante. No le podíamos apartar la vista y Martinelli dijo que era sensacional. Sí, asombrosa de verdad—le contesté sin mirarlo—. Pocos artistas logran captar el lado exterior de la pintura. Nosotros mismos, dijo con una sonrisa burlona, aquí estamos intentando definir nuestra actitud ante lo expuesto. Nos reímos mucho y luego Intercambiamos nuestras opiniones sobre el arte y, por último, nuestros números de teléfono.

Dos semanas después John Martinelli me dijo que había visto mis dos películas. "Oye, Fernández, te tengo un material que podría interesarte. Échale un vistazo y me comentas". Acepté con mucho gusto y me envió un texto muy interesante. Me enganchó desde la primera frase: "¿Cuánto hay que pagar por un asesinato?" Esa pregunta filosófica me echó a andar el cerebro como si fuera un mecanismo la que le habían dado cuerda. Estaba claro que no se trataba de dinero, sino de la moral. Qué sacrificio debía hacer una persona normal para asesinar. Cuántos valores estaría dispuesto un individuo a perder a cambio de un acto tan despreciable. Sí, lo pensé como tú, que ahora lees esto y piensas que todo depende de la situación. Lo acepto, pero me refiero al acto mismo. Es normal que se piense en alguna persona despreciable, en un psicópata, en un estafador o político, proxeneta, tal vez. Pero a final de cuentas privarle la vida a alguien es algo horrible. Al menos eso pensaba al principio y está esa famosa frase de no sé quién que dice "Al amatar a alguien no solo le privas de su presente, sino de las cosas que pudo haber hecho".

El caso es que me reuní con Martinelli y en una semana ya había convencido al representante de una empresa muy fuerte para que financiara la cinta. Ya teníamos el presupuesto, nos habían propuesto filmar en los estudios de Paramount y el protagonista sería un amigo mío que estaba ascendiendo en su carrera con papeles impresionantes. La probabilidad de éxito era muy alta. También nos sonrió la fortuna cuando buscamos a la protagonista. Resulto que Lavinia James ya se había enterado de la película y se presentó en la casa que le habían dejado a Martinelli sus conocidos americanos. Decidimos empezar en cuanto llegara Adonis Peters que era en realidad mi compañero de la universidad

Francesco Rossi.

Llegó acompañado de su novia Mary Long una mujer con cuerpo de niño, pelo corto y un gesto altivo en el rostro. Vestía con elegancia tratando de ocultar su falta de clase. Martinelli dijo que era sorprendente que un hombre tan exitoso y atractivo como Adonis estuviera con una mujer así. "Algo bello habrá encontrado en ella—le dije sin imaginar que pronto lamentaría haber mencionado esas palabras—. Uno nunca sabe qué bello espíritu se puede esconder en personas tan desapercibidas". Nos saludamos muy cordialmente y acompañamos a Adonis y Mary a la casa que les teníamos preparada. Era muy bonita, de estilo moderno y tenía una gran terraza, una piscina y un jardín enorme. A ellos les encantó. Cenamos juntos y quedamos en reunirnos al día siguiente para comenzar los ensayos. Noté que, durante la velada, Mary trató de imponer sus ideas relacionadas con la historia que había escrito Martinelli. Le explicamos que no había ninguna idea política encubierta y que se trataba más de una tragedia de la vida real. Ella solo movió la cabeza y se quedó pensando. Les dejamos descansar y quedamos de reunirnos en el estudio al día siguiente.

Ya eran las cuatro de la tarde, le habíamos hecho una cien llamadas a Adonis y estaba al llegar. Tenía un retraso de cuatro horas y los gastos seguían corriendo. Había que pagar un extra por las horas perdidas. Martinelli estaba tranquilo y muy seguro de que las cosas irían bien. Lo malo es que cuando llegó nuestra estrella, lo primero que dijo fue que Mary Long lo había tratado de convencer de incluirla en la película. Le pedimos que se pusiera a trabajar y le prometimos que ya idearíamos algo para ella. Todo salió a pedir de boca y nos dimos cuenta de que había nacido una obra de arte. Lavinia era espectacular y en compañía de Adonis se parecía a Elizabeth Taylor lidiando con Richard Burton. Estábamos asombrados de la interpretación. Conteníamos nuestra euforia con gran dificultad y cuando se terminó la escena ya no pudimos evitar los gritos de alegría. Nos abrazamos entre todos y felicitamos a la gran Diva que nos iba a llevar a la gloria. "Un Oscar—dijo Martinelli—, un Oscar nos vas a conseguir, querida".

Cenamos juntos esa noche y notamos el mal humor de Mary Long. Estaba muy reacia y pensamos que era porque no le habíamos ofrecido un papel. Martinelli dijo que se podría incluir una parte en la que participara una criada o una dependienta. "Ya lo haré en estos días y cuando hagamos la segunda escena se lo propondremos". Francesco estaba muy tranquilo y nos asombró mucho que no se vanagloriara del éxito obtenido. Pensé que sería su modestia y estaba lejos de pensar que la razón era su novia. Cuando terminó la reunión nos despedimos y acordamos la fecha del siguiente rodaje. Mary Long fue muy descortés y no nos estrechó la mano, además hizo un comentario sobre Lavinia. Era algo relacionado con el vestido abierto que llevaba, pero nos hicimos de la vista gorda. La siguiente semana estuvo saturada de reuniones, encuentros, cierre de

contratos y ensayos. La presencia de Mary Long se hacía cada vez más notoria y molesta. Era un insignificante ser con aires de grandeza. No se consideraba de origen oriental, sino descendiente de la crema y nata de la alcurnia real británica. Como sabíamos que presenciaba los ensayos de Francesco decidimos que lo mejor era alejarla. Seguramente, la pasión que tenía que vivir el protagonista con la Diva era algo que le despertaba los celos. Estaba clarísimo que era solo una filmación, en cierto grado un pequeño juego, pero ella lo estaba tomando de otra forma.

El resultado fue lamentable. Le habíamos dedicado casi cinco horas a la segunda escena que sería mostrada casi al final. Era un truco para entender el principio de la tragedia, pero cuando faltaba el toque final, es decir, el beso y luego la separación de los personajes, se entrometió Mary Long. "!Qué diablos está haciendo ese renacuajo allí! —grité enfadadísimo—¡Sáquenla de allí!". Eso fue mi capitulación. Primero porque Mary lo escuchó clarísimo, segundo porque, a partir de ese momento, comenzó a presionar a Francesco para que la sustituyéramos por Lavinia y, por último, el mismísimo Francesco se negó a trabajar si no le permitíamos a su novia interpretar el papel. Nos costó mucho esfuerzo volver a filmar toda la escena hasta el final. Por suerte lo logramos, pero nos dimos cuenta de que el presupuesto se nos iba reduciendo a pasos agigantados. Con esa noticia y la actitud de Mary a Martinelli y a mí casi nos dio un infarto. Era lo peor que nos podía haber pasado. Habríamos preferido que se incendiaran los estudios o que nos cayera un relámpago a todos los del equipo o cualquier cosa, menos eso. No era solo la estética y los planes que teníamos para la película, era la maldita conducta de una ignorante que se tomaba demasiadas confianzas. Decidimos resolver el problema.

Martinelli me propuso que la asesináramos, pero no queríamos cargar con ese peso. Lo habríamos hecho con todo gusto, pero era algo demasiado duro. Después de pensarlo mucho ideamos su desaparición. Le encargamos a una secretaria que buscara toda la información que hubiera de la señorita Mary Yong. Nuestra intención era que recibiera una carta falsificada y saliera de urgencia en el momento en que no pudiera llevarse a Francesco. Cuando ya estábamos a punto de llevar a cabo lo planeado, nos entró el presentimiento de que Mary se llevaría a Adonis, ya que tenía un control total sobre él. Así que decidimos hacer otra cosa. Comenzó el rodaje de la tercera escena en la que no aparecía Lavinia. Todo resultó muy bien y aprovechamos para decirle a Mary que la siguiente escena se rodaría de forma habitual, pero que ella podría verla y analizarla y después representarla al lado de su novio y así haríamos el cambio de actriz. Mary estuvo de acuerdo y se preparó para el día de filmación. Sabíamos que se había preparado bien, pues se sabía el diálogo a la perfección. Trabajamos muy bien. Lavinia mostró su gran profesionalismo, además parecía que con Adonis congeniaba bien. Habían simpatizado desde el principio y en cada encuentro mostraban lo mejor que tenían. También estaban conscientes de que estábamos haciendo algo realmente

bueno. En el estudio se sentía la mala vibración, nuestros nervios eran como cables cargados de alta tensión y los empleados lo notaban. No se nos acercaba nadie y si Martinelli o yo estallábamos se desaparecían al instante.

El caso es que llegó el día de la cuarta escena y Mary se presentó con un vestido carísimo. Era rojo tenía piedras incrustadas. Se lo habían diseñado unos modistas muy prestigiosos y era carísimo. Pensamos que eso ya era demasiado y rodamos con Mary en el papel de Lavinia, quien se puso de muy mal humor y se fue. No pudimos detenerla y fue necesario actuar sin recatos para eliminar a Mary que nos echaría a perder todo el rodaje si no actuábamos. Ella nos pidió que esa misma tarde le mostráramos las escenas y quería intervenir en el montaje. Cuando Daniel Pavese le mostró en el ordenador lo que se había filmado comenzaron los problemas. "No me gusta cómo se ve el peinado desde ese ángulo—decía Mary con una cara roja de ira—. ¡Tenemos que hacerlo de nuevo!". Al darnos cuenta de lo peligroso que era tener un ser de tal categoría. Pusimos manos a la obra. Sabíamos que durante la semana habría una reunión a la que se invitaría exclusivamente a Adonis y Mary tendría que aceptarlo por su propio bien. Era la excusa que necesitábamos. Contratamos a un especialista en caligrafía para que nos dijera cuáles eran las características de la letra de la señorita Long.

Le escribimos una carta falsificada a Francesco en la que su querida novia le comunicaba que estaba convencida de que la filmación era una experiencia nueva para ella y que se retiraba para no entorpecer el trabajo en los estudios. La noticia no dio el resultado que esperábamos, al contrario. Francesco se puso muy triste y tuvimos que hacer un sobre esfuerzo para que recobrara el ánimo. Nos dijo que sentía un compromiso enorme con ella y que si fuera posible, pensáramos en un papel para ella exclusivamente. Le prometimos el oro y el moro. Le hicimos creer que Mary se tomaría el descanso de un mes y luego volvería cuando las cosas se enfriaran. "Es una mujer muy temperamental—nos comentó Francesco—. Podría guardarme rencor por toda la vida y es lo último que deseo". Martinelli me miró incitándome a preguntarle a nuestro amigo qué cosa lo ataba a esa insignificante mujer. Hubiera sido imperdonable hacerlo, así que guardamos silencio y decidimos tomar un poco con Adonis. Ya un poco bebidos nos contó que durante un crucero por el Mediterráneo había estado a punto de ahogarse y morir. La única persona que lo había visto era Mary y lo había salvado. Él le dijo que, si no hubiera sido por ella, estaría muerto y que en pocas palabras le debía su existencia. En agradecimiento Adonis le había prometido hacerla triunfar. Lo malo es que no sabía cómo. Al enterarnos de que ese era el hilo que los mantenía unidos, le metimos en la cabeza a Francesco que, si Mary fuera más humana, no le habría puesto condiciones y se habría enorgullecido de haberle salvado. Por desgracia para nosotros la

pequeñísima mujer representaba un muro casi insalvable.

Siguió la filmación y sin la intervención de Mary todo iba a pedir de boca. Los rodajes se pudieron hacer a un ritmo vertiginoso. Lavinia tuvo el poder de hacerle olvidar a Francesco la relación sentimental que sentía con Mary. Era un nuevo hombre. Más seguro, más ambicioso y con tipo de estrella de verdad. Ya se veía el final del rodaje. Los plazos se habían cumplido y estábamos dentro del presupuesto. No era bueno cantar victoria antes de tiempo, pero la gente ya comenzaba a felicitarse y reír por la gran satisfacción.

Una noticia trágica nos estropeó todo el final. Salió en el periódico en primera plana. El titular decía que una joven inglesa de nombre Mary Long se había estrellado en la carretera contra un camión de carga. Al parecer, decía la nota, se le habían estropeado los frenos y no pudo coger una curva en una pendiente. Martinelli me miró con miedo y releyó la noticia unas cuantas veces, además estuvo al pendiente de todos los noticiarios y compró todos los días los diarios.

Francesco estaba mal. Nadie ni nada lo podía consolar. Se emborrachó y estuvo a punto de perder la vida cuando se cayó a la piscina perdido en alcohol. Lo rehabilitaron en una clínica y los médicos decían que era difícil darlo de alta. Físicamente estaba mal, pero en el coco si que tenía problemas. Llamamos un psicoanalista y solo con la hipnosis logramos que se recuperara. Salió en tres semanas. Sabíamos que la última escena se podría hacer con unos dobles, pero el último cuadro debía mostrar a Francesco después de una furiosa batalla abrazando a la Lavinia. Tenían que quedar en primer plano viendo el cielo con ojos de esperanza. Uno herido y ensangrentado y la otra con una túnica blanca transparente. Abrazados en la noche, iluminados por las antorchas de la muralla. Se besaban haciendo un pacto de fidelidad hasta la muerte. Pudimos hacerlo. Un poco diferente a como lo habíamos imaginado. El productor quedó muy satisfecho y nos dijo que era muy probable que la crítica reaccionara de forma positiva. Nos auguró muchos premios y éxito.

Lavinia regresó con su marido y Francesco quedó como el soltero más deseado del mundo cinematográfico. Ya se había desecho de los pensamientos de Mary y modelaba para las grandes marcas. Salía en todo tipo de anuncios y su capital empezó a crecer. Habíamos matado dos pájaros de un tiro. Lo malo fue que me citaron, junto con Martinelli, en la comisaría para declarar. Éramos sospechosos de la muerte de Mary Long. Teníamos cuartada, pero no podríamos demostrar nuestra inocencia. Primero nos preguntarían por la carta, luego por el rapto y, al final, por la estratagema de dejarla huir en un coche que se había preparado especialmente para ello. La gente que habíamos contratado era de fiar, pero los investigadores los habían hecho hablar, así que nos esperaba la cárcel. Nos persiguió durante muchos años el fantasma de Mary. Ha pasado mucho tiempo y no hemos dejado de vagar por el planeta. Hace

poco Martinelli me contó que lo habían seguido en Brasil y que se había tenido que hacer una cirugía para librarse. Le comenté que a mi también me tenían localizado. Que nos atrapen es cuestión de meses o, tal vez, semanas.